

BOLSILIBROS
BRUGUERA

SS

SERIE

SERVICIO SECRETO

vuelta al infierno

burton hare





SS **SERVICIO SECRETO**



BURTON HARE

VUELTA AL INFIERNO

Colección

SERVICIO SECRETO n.º 1.058

Publicación semanal

Aparece los MIERCOLES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES

CARACAS - MEXICO - RIO DE JANEIRO

Depósito Legal B 34.544-1970

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: noviembre, 1970

© BURTON HARE - 1970
sobre la parte literaria

© RAFAEL GRIERA - 1970
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 1. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección **SERVICIO SECRETO:**

1.055. — «Asesinerama» en negro.

En Colección **PUNTO ROJO:**

439. — Guerrilleros del crimen.

En Colección **ENVIADO SECRETO:**

134. — La muerte de terciopelo.

Cuando el destino se siente juguetón suelen producirse insospechadas situaciones, tan pronto dramáticas como jocosas.

Las que envolvieron a Paul Mann fueron dramáticas, adornadas de violencia y sangre, rodeadas de un salvajismo como él no conociera ni siquiera en las selvas africanas de las que procedía.

En principio, la jugarreta del destino consistió en una endiablada tormenta que zarandeó el buque en que viajaba rumbo a Nueva York, retrasándolo en casi veinticuatro horas, en combinación con una espesa niebla que redujo la velocidad del navío casi a la mitad.

Si el trasatlántico hubiera llegado puntualmente, Paul Mann habría desembarcado sin tropiezo alguno, y probablemente su vida se hubiera desarrollado según sus planes.

El hecho de llevar un día de atraso le hizo coincidir en los muelles con otro buque recién llegado de Europa, del que desembarcaban los pasajeros como una riada.

Paul contempló el ajetreo desde la barandilla de cubierta, satisfecho y nostálgico a un tiempo.

Satisfecho porque amaba aquella monstruosa ciudad y habían transcurrido seis años desde que la abandonara. Y nostálgico, porque dejaba atrás sus queridas selvas, las cacerías, los riesgos y las aventuras pagadas a precio de oro.

Ahora, Nueva York se extendía ante su mirada como el decorado de cemento y acero de un teatro colosal en el que todos los dramas imaginables por la mente del hombre tenían cabida.

Dramas de amor, de violencia, de sangre... Robos, asaltos, violaciones; todo tenía cabida en el escenario que aparecía ahora frente a él.

Para el aventurero nada de eso estaba presente en sus pensamientos mientras descendía la pasarela. En todo caso, recordaba algunos cabarets de otros tiempos, preguntándose si todavía funcionarían y si alguna de las muchachas de entonces estaría aún en activo, cosa un tanto problemática por demás.

Pero el destino ya había dispuesto las cartas para su jugada, llena de trampas como la de un tahúr profesional.

Paul cruzó la Aduana rápidamente. Vio una auténtica batalla entablada por los viajeros para la captura de taxis y esbozó una mueca. Cambió de rumbo y se dirigió al bar, donde pidió un *whisky* con hielo

tras encaramarse en un taburete.

Si hubiera podido imaginar en qué punto de la jugada entraba él, quizá hubiera cambiado de actitud, pero mientras saboreaba su *whisky* sentíase en paz con el mundo, satisfecho de la vida, con rosadas perspectivas de las que gozar en el inmediato futuro.

Esperó hasta que el tumulto, allá fuera, se hubo extinguido. Entonces tomó la pequeña maleta que llevaba y abandonó el bar.

Fuera apenas quedaba nadie. Paul vio dos taxis que llegaban y maniobraban uno tras otro para estacionarse en el lugar reservado para ellos. Se disponía a ir a su encuentro cuando los dos hombres aparecieron como surgidos de la tierra y se colocaron uno a cada lado. Un objeto duro, inconfundible, se incrustó entre sus costillas.

—Tranquilo, pichón —mugió uno de ellos, un individuo enorme, de mandíbula cuadrada—. Si quieres vivir no empieces nada que no podrías terminar.

Atónito, Paul les miró alternativamente. Eran de parecida complexión, aunque el silencioso era quizá un poco más delgado.

—¿Qué demonios...? —empezó a protestar.

—Esta pistola tiene el gatillo muy sensible, compadre —le advirtió el gigantón—. Camina hacia ese «Caddy» negro que hay ahí... vamos a hacer una visita de cumplido.

Estupefacto, empujado por la disimulada pistola, Paul obedeció.

Solo al llegar al coche, ante cuyo volante había otro hombre manteniendo el motor en marcha, exclamó:

—¡Un momento, se equivocan, yo...!

—¡Cierra el pico!

Le empujaron al interior. Apenas habían entrado los dos pistoleros cuando el auto salió zumbando.

—¡Maldita sea, se han equivocado de cualquier modo! —rugió, al recobrar la serenidad—. No sé qué maldita jugada se llevan entre manos, pero sea la que sea han metido la pata...

El más delgado habló por primera vez. Tenía una ridícula voz atiplada que formaba un chocante contraste con su aspecto.

—¡Seguro que estamos equivocados! —cacareó—. Apuesto que vas a decirnos que no eres el tipo llamado Brown.

—¡Claro que no! Yo...

El gordo le propinó un revés sin demasiada violencia, pero suficiente para que su cabeza fuera de un lado a otro como un péndulo. Acto seguido le hurgó las costillas con la pistola.

—¡Si vuelves a abrir la boca te la cierro con plomo! ¿Entiendes ese idioma o no?

Paul contuvo su furia. Sabía que no podía iniciar una pelea en un

espacio tan reducido sin salir descalabrado. Además, la pistola era un recordatorio que no admitía réplica, hundida dolorosamente en su costado.

De modo que optó por callar, esperando que se presentaría una oportunidad de librarse de aquellos energúmenos.

No obstante, pronto advirtió que no cometían ni un error. Eran profesionales sin duda, aunque con una mente tan estrecha como el filo de un cuchillo. Sin embargo, esa falta de inteligencia en lugar de representar una ventaja era un grave inconveniente, por cuanto los individuos de esa especie son capaces de matar sin otro objeto que demostrar lo que creen su superioridad.

Paul se mantuvo muy quieto mientras el coche se internó por una calleja en los alrededores del Bowery.

Al fin se detuvo ante lo que parecía un cobertizo en ruinas. El gordo abrió la portezuela y se apeó. La calleja estaba desierta. Había grandes portones cerrados pertenecientes a almacenes y viejos muelles de carga de camiones, desechados hacía muchos años.

—Abajo, pichón, y cuidado con las manos.

Se apeó, empujado por el otro. Le obligaron a entrar por una portezuela tras la que aparecieron unos peldaños gastados y sucios.

—Arriba.

Consciente de que era inútil tratar de discutir con semejantes energúmenos, Paul Mann empezó a subir, con la esperanza de que quien fuera que estuviera aguardando, tuviera algo de cerebro en su lugar.

La escalera terminaba en un oscuro rellano al que se abrían dos puertas, una a cada lado. El delgado empujó una y le obligaron a atravesar el umbral.

Se encontró en una estancia sucia, con muebles destartalados. A juzgar por el polvo acumulado allí dentro, no era habitada con regularidad desde tiempos inmemoriales.

Sentado junto a una vieja mesa había un individuo vestido solo con unos arrugados pantalones y una camiseta que pedía a gritos una buena colada. Su rostro brutal llevaba barba de tres días. No levantó la cabeza cuando entraron porque su atención estaba prendida del solitario que jugaba con unos naipes pringosos.

La puerta se cerró. Paul se dio cuenta que tras ellos había entrado también el chófer del coche.

El hombre de la mesa gruñó:

—¿Hubo dificultades, Bonner?

El gordo rio entre dientes.

—Ninguna, Fessler; el tipo se ha portado como un buen chico.

—¿Lleva armas?

—No lo sé.

Fessler arrojó las cartas con violencia.

—¡Estúpido de todos los demonios! —aulló—. ¿Es que no tienes más que basura en lugar de cerebro?

Paul dijo con calma:

—No llevo armas. No creí que iba a necesitarlas también aquí.

—No me gustan los graciosos. ¡Regístralo, idiota!

Bonner le manoseó rápidamente. Luego gruñó, decepcionado:

—¡Ha dicho la verdad, no lleva ni un mondadientes!

Solo entonces el tipo llamado Fessler se levantó, acercándose a Paul.

—Si sabes lo que te conviene, Brown, hablarás por tú propia voluntad. Ya sabes que nosotros no bromeamos ni tenemos mucha paciencia.

—Ahí es donde se equivoca, amigo. Yo no soy ese Brown de que están hablando.

—¿Qué truco es este, hombre? Tú eres Joseph Brown, no cabe duda.

—No. Mi nombre es Paul Mann.

—Eso quiere decir que no quieres colaborar, ¿eh?

Antes que Paul pudiera replicar, un puño como una maza subió estrellándose en su mentón y arrojándole de espaldas.

Bonner le cazó al vuelo, le aplicó un segundo mazazo y luego le arrojó con violencia sobre el delgado.

Este dejó escapar una risita y de un puntapié abatió a Paul de bruces, rugiendo de dolor.

Fessler dijo:

—No nos importa jugar un poco, Brown, pero no demasiado, el tiempo es importante.

Cegado por la ira, Paul se incorporó dolorosamente. Un velo turbio parecía haberse estacionado ante sus ojos. Sacudió la cabeza. Fessler estaba ante él, esperando.

Apenas se movió, pero su puño derecho zumbó como un cohete y se incrustó salvajemente en el rostro del rufián. Fessler lanzó un aullido y cayó de espaldas pataleando.

Bonner maldijo con voz histérica. Enarboló la pistola y descargó un feroz culatazo contra la nuca de Paul. Este vio un estallido de lucecillas multicolores y cayó en medio de un rugiente océano de dolor.

Ni siquiera tuvo la satisfacción de ver la catarata de sangre que brotaba de la rota nariz de Fessler, cosa que después de todo hubiera sido un consuelo para él.

Sin embargo, antes que diera con su cuerpo en tierra estaba

inconsciente.

★ ★ ★

Vio primero una débil claridad lechosa. Luego, el dolor le devolvió la conciencia mucho más rápidamente que cualquier específico. Oyó voces confusas y alguna que otra maldición soltada con voz dolorida.

Se mantuvo quieto, recordando, asimilando el dolor y la ira que despertaban al unísono con su conciencia.

Sus sentidos se aclararon paulatinamente. Captó la voz de Bonner.

—¿Cómo demonios podía yo pensar que iba a atacarte, hombre?

Fessler gruñó con una voz extraña:

—¡Eres lento como un elefante, maldito...! —emitió un grito y luego rugió—: ¡Cuidado, *doc*, maldito sea!

En el suelo, Paul abrió un poco los párpados, lo justo para ver qué ocurría a su alrededor.

Los hombres estaban en un rincón del cuarto, junto a Fessler, cuya cara estaba siendo recompuesta por un médico, o por lo menos esto sospechó.

Fessler, tendido sobre la mesa, con sangre en sus ropas, gruñía a cada maniobra del médico. Los demás secuaces asistían a la cura silenciosos, tal vez inquietos por el furor de su jefe.

Paul cerró los ojos una vez más y dejó pasar los minutos recobrándose rápidamente. No entendía nada de lo que estaba sucediendo, excepto que le habían confundido con alguien llamado Brown, al que al parecer aquella gente no tenía en mucha estima, por decirlo de algún modo.

El médico habló de pronto.

—Listo, Fessler, pero deberás tener mucho cuidado con esa nariz durante un tiempo... o no te garantizo el resultado. Ese tipo te la rompió como si hubiera sido una caña.

—Yo le romperé a él todos sus huesos uno a uno —recitó el rufián rencorosamente—. Ni una palabra de esto, *doc*.

—Como de costumbre. Ven a verme mañana solo para comprobar ese entablillado.

—Bueno.

El médico pasó junto al derribado corpachón de Paul sin un comentario para este. Una puerta se cerró. Fessler, con su voz nasal, apenas inteligible, dijo:

—Despiértalo, Bonner... Quiero ajustar cuentas con él.

—Ten cuidado —intervino el delgado—. Si lo matas, nos quedamos sin nada. Habría que oír a Nick después...

—¡Deja a Canaway fuera de esto! —rugió Fessler—. El asunto se ha convertido en algo personal entre Brown y yo... lo demás vendrá luego.

Paul se movió y con algunos esfuerzos logró sentarse en el suelo.

Se sintió muy satisfecho cuando vio la cara de Fessler convertida en la de una momia, llena de vendajes, como si llevara una gran máscara blanca.

—Bueno, ¿qué infiernos pasa aquí? —gruñó, simulando un aturdimiento absoluto, sosteniéndose la cabeza con las manos—. ¿Con qué me golpearon?

Bonner rio.

—Con un martillo, Brown.

—¿Brown? ¡Maldita sea tu estampa, estúpido! Yo no me llamo Brown, sino Paul Mann...

—Ya empieza con lo mismo —se quejó el delgado.

Fessler murmuró:

—Le haré cambiar de disco.

Se apeó de la mesa. Durante unos segundos no pareció muy seguro sobre sus piernas. Luego avanzó hacia Paul con todo el furor del mundo burbujeando, en sus pupilas.

—Tú, hijo de perra... te voy a...

—¿Por qué no comprueba mi identidad, en lugar de portarse como una bestia sin seso? —le retó Paul.

Eso le dio qué pensar.

Sacudió la cabeza con cuidado.

—Tú eres Joseph Brown, digas lo que digas.

—No.

—¡Condenación! ¿No acababas de desembarcar cuando te echaron el guante?

—Seguro, pero eso no prueba nada.

—Para mí es suficiente. Voy a hacerte pedazos tanto si hablas como si no. Y al final es posible que te corte el cuello solo por haberte atrevido a poner tus zarpas en mi cara.

—Todo lo que hice fue defenderme.

—Sí, claro... Veremos cómo te defiendes ahora.

El delgado terció de nuevo, entre temeroso y asustado:

—Primero deberías obligarle a hablar, Fessler. Cuando sepas el paradero de los pedruscos podrás hacer lo que quieras con él.

Fessler titubeó.

Bonner dijo:

—Que hable primero, Fessler. Luego le hacemos unas cuantas caricias y le arrojamos al río... Será divertido y discreto, ¿eh?

—Muy bien, lo haremos así, aunque solo sea para que se os pase el

miedo. Ya lo oíste, Brown. Dinos dónde está el paquete de Trenholm.

—Ni siquiera sé de qué estás hablando. Llevo los documentos en el bolsillo y eso debe bastar para convencerte, antes que llegues demasiado lejos.

—¿Documentos?

Su asombro era real, como si jamás hubiera oído aquella palabra.

De pronto, Bonner se puso en marcha. Cruzó la habitación, recto hacia Paul, gruñendo entre dientes.

—Vamos a hacerle caso —masculló—; solo para que deje de hacer el idiota con ese cuento de que no es Brown.

A zarpazos, le vació los bolsillos. Sacó el pasaporte, su tarjeta de identidad y la licencia de conductor. También halló la licencia de armas, todo ello con su fotografía legalizada, y todo ello también a nombre de Paul Mann.

—¡Infiernos! —bufó, atónito—. ¿Qué truco es este? ¿Cómo lo pudo conseguir el tipo, Fessler?

Este se acercó a la mesa y examinó cada documento. Después se volvió poco a poco hacia Paul. Había una mirada azorada en sus ojillos de rata.

—¿Cómo lo hiciste, Brown? Es un trabajo perfecto.

—¿Trabajo? ¡Son mis papeles auténticos, idiota! Mira las fechas de entrada y salida del pasaporte y verás que estoy fuera del país desde hace más de seis años. He vivido en África desde entonces...

—Que me cuelguen sí...

Pero dio un vistazo a las salidas del pasaporte, y las fechas de su entrada y salida en diferentes países africanos. Eso pareció penetrar en su mente con cierta claridad.

—Es cierto —rezongó—. Pero tú eres Brown... ¿O no? —volviéndose, se enfrentó con Bonner—. Vamos, di algo, bestia. Tú dijiste que le conocías muy bien...

Bonner se rascó la nuca.

—Le vi varias veces antes que se fuera a Europa... y juro que este es Brown... Quizá se apoderó de los documentos de otro pasajero en el barco...

—¿Y falsifiqué los sellos de varios países africanos, y el de la aduana del puerto, todo ello improvisando a bordo? Eres un pedazo de alcornoque, amigo.

Fessler rezongó:

—Eso tiene sentido: no puede haberlo hecho sin unos medios perfectos y tiempo...

—Por otra parte, yo no vine de Europa, sino de África, en el *Mary Arme Castle*.

Fessler dio un respingo. Pero antes de seguir con lo que acababa de ocurrírsele, indagó:

—¿Atracó en algún puerto europeo ese barco?

—No.

—Entonces, es fácil de comprobar...

Fue hacia el teléfono, lo descolgó y marcó un número después de consultar la guía. Estuvo hablando brevemente con los oficiales de aduanas, fingiendo interesarse por un familiar, y cuando colgó, su rostro, semioculto por los vendajes, estaba tan rojo como un pimiento.

—¡Imbécil, hijo de perra! —le espetó a Bonner, ciego de furor—. ¡Metiste la pata con el tipo!

—Pero, Fessler...

—¡Pero infiernos, estúpido! Ese individuo es Paul Mann, y llegó en ese barco que dijo. Y el barco procedía de África, no de Europa... Y tú conocías a Brown... ¡Tú no conoces ni a tú propia madre!

Bonner era la imagen del desconcierto y la desolación. Para remachar el clavo, Paul añadió:

—Si alguien cree que se puede falsificar una licencia de armas, es que está loco, Fessler.

Este se mesó los cabellos que salían por encima del vendaje como las cerdas de un erizo.

—Ahora me gustaría saber qué es lo que podemos hacer con usted —rezongó—. Se ha convertido en un buen dolor de cabeza para nosotros...

—Mira, la cosa está en tablas. Yo me largo y tus esbirros siguen buscando a ese Brown de los demonios. El asunto no va conmigo, de modo que lo mejor es olvidarlo.

—¿Olvidarlo? En cuanto salga de aquí irá directo a la policía.

—¿Para tener más quebraderos de cabeza? Tonterías. He venido a Nueva York para unas largas vacaciones antes de decidir mi futuro... No quiero complicaciones si puedo evitarlas.

El delgado sugirió:

—¿Por qué no le preguntas a Nick qué es lo que debemos hacer, Fessler?

La sugerencia le hizo el efecto a Fessler de una rociada de vitriolo. Dio un respingo, volviéndose.

—¿A Nick? —gritó—. ¿Para que sepa lo imbéciles que somos y nos corra a tiros? ¡Ni en mil años!

—Entonces, la cosa no tiene más que una salida: dejarlo que se largue —replicó el otro.

Bonner refunfuño:

—Yo sigo creyendo que es Brown...

—¡Tú sigues creyendo...! —Fessler se contuvo y dio la espalda a sus dos ayudantes—. Lárguese de aquí con mil diablos, Mann, o cómo se llame. Pero como se le ocurra ir con el cuento a la «poli», le buscaré y entonces puede asegurar que para mí será un placer romperlo en pedazos.

Paul asintió, arreglando los desperfectos de sus ropas lo mejor que pudo. Sentíase dolorido y lleno de indignación, pero en aquellas circunstancias sabía que lo mejor era poner tierra de por medio cuanto antes.

—Para otra vez —comentó, dirigiéndose a la puerta—, enséñeles a sus esbirros a trabajar como es debido... Son un par de inútiles en su oficio.

Fessler dijo entre dientes:

—En eso estamos de acuerdo.

Junto a la puerta estaba la maleta que llevara al ser capturado. Paul la tomó, abrió y salió sin mirar atrás.

Cuando estuvo en la calle, dejó escapar un largo suspiro de alivio, aunque el dolor que sentía en el cuerpo le recordó que, de cualquier modo, aquel asunto no estaba zanjado ni mucho menos.

Buscó un taxi y le indicó al chófer el hotel en que tenía habitación reservada. Después se recostó en el asiento y se puso a pensar en Fessler, en sus esbirros y en el misterioso Nick Canaway y el «paquete» de Trenholm...

No llegó a ninguna conclusión.

En tres días, Paul se había empapado de ciudad hasta los huesos.

Nueva York, para él, ya no tenía el encanto de otros tiempos, quizá debido a que los últimos seis años en los espacios abiertos de África, sumergido materialmente en sus selvas y acunado por el aire cálido y perfumado de los montes, habían cambiado de modo radical su sentido de los valores.

Esta nueva selva de acero y hormigón, de aluminio y cristal, de aire pestilente y contaminado, ruidosa como el infierno, empezaba a crisparle los nervios.

De modo que empezó a considerar seriamente la idea de abandonarla y buscar otro lugar en su país donde su espíritu pudiera hallar la paz que ansiaba, lejos del Cafarnaum indescriptible de la ciudad de los rascacielos.

Tres días de deambular de un lado a otro sin descanso, admirando y mirándolo todo, tratando de encontrar algún vestigio de los tiempos en que todo era más joven, incluso su espíritu.

Fracasó. Ni siquiera los clubs y cabarets eran como fueron. Habían cambiado de manos y de orientación. Sus espectáculos de *strip-tease* perdieron el misterioso encanto que unas mujeres, auténticas estrellas de la especialidad, les dieran, para quedar convertidos en torpes imitaciones, lindantes con lo obsceno.

Pensando en todo esto, Paul abandonó el hotel a media mañana de un día que en cualquier otro lugar hubiera sido soleado y luminoso, pero que en Nueva York era turbio de humo y niebla. Anduvo sin rumbo fijo hasta que encontró un bar de buen aspecto, donde entró para tomar un frugal desayuno.

Todavía notaba cierta tirantez en ciertos lugares del cuerpo donde fuera duramente golpeado. Eso le impedía también olvidarse de la aventura vivida al desembarcar.

Notó que alguien se encaramaba al taburete de su lado, pero ocupado con su desayuno y sus propios pensamientos, no le prestó atención. Solo de modo impersonal captó una suave fragancia que le envolvió un instante como un girón de perfumada niebla.

Y de repente, una voz suave y contenida musitó:

—No se vuelva ni me mire. Están vigilándonos...

Se puso tenso como un cable. Por el rabillo del ojo captó una visión de cabellos rubios y vestido ceñido color verde primaveral. Luego se

ocupó solo del desayuno, pero manteniéndose muy alerta.

El mozo sirvió a la mujer y se alejó. Ella dijo, sin mirarle y sin apenas mover los labios:

—Dejaré una nota bajo mi platillo... Por favor, léala cuando yo me haya ido.

—Me gustaría saber qué significa todo esto —gruñó, intrigado.

—Puede usted imaginarlo, pero de todos modos espero poder aclararlo todo pronto...

El volvió a mirarla disimuladamente. Sufrió una dura impresión, porque era una mujer que exigía a gritos un examen mucho más detallado.

Un rostro cuyo perfil era una delicia, con unos ojos azules brillantes y profundos, cuyos labios rojos sugerían maduras caricias de amor...

—¿Su nombre? —indagó, levantando la taza de café, coronado de crema.

—No importa un nombre ahora... Voy a marcharme. Recuerde mi nota.

—¡Espere!

—No puedo... Me vigilan. Por favor...

La vio confusamente cuando se dirigía a la puerta. El mozo también permaneció prendido del soberbio cuerpo hasta que hubo desaparecido. Esos instantes fueron los que Paul aprovechó para apoderarse del pequeño papel doblado sujeto bajo el platillo.

Un momento después, el mozo retiró el servicio, todavía encandilado por lo que viera.

Paul encendió un cigarrillo, intrigado y un tanto inquieto.

Saltó del taburete y se encerró en la cabina telefónica, por si alguien estaba observándole. Abrió la guía y depositó sobre sus páginas el papel.

El escrito era muy breve: «Esta noche, a las nueve, en Morlay Street, 73. Nos interesa a los dos una entrevista. Por favor, señor Brown, acuda».

La firma era solo un nombre: «Marianne».

Paul lanzó un sordo juramento. De nuevo, el nombre de Brown creándole dificultades. Era absurdo, increíble, que una cosa semejante pudiera sucederle después de seis años de ausencia del país.

Se le antojó una confabulación sin pies ni cabeza.

A pesar de todo y por si era cierto que alguien vigilaba, descolgó el auricular y simuló una corta llamada. Luego regresó al mostrador y apuró los restos del café, que se había quedado frío.

Cuando abandonó la cafetería, estaba dispuesto a acudir a la cita y poner las cosas en claro de una vez por todas, porque ahora estaba

seguro que solo desvelando aquel misterio podría gozar de tranquilidad.

El número 73 de Morlay Street era una casa de tres plantas, sobre cuya fachada campeaba un rótulo anunciando que en los bajos había el Dessiré Club. Un portero uniformado atendía la puerta y saludó casi militarmente cuando Paul entró.

El interior no se distinguía de otros muchos. Había una clientela discreta, algunas damas de aspecto voraz a la expectativa, una buena orquesta y una pista encerada esperando que alguien se decidiera a bailar.

Paul se dirigió al mostrador después de comprobar que la espectacular rubia no estaba a la vista. Pidió un *whisky* con hielo y se dispuso a esperar.

Comenzaba a pensar que tal vez ella había desistido de acudir, cuando la vio aparecer por entre los cortinajes de terciopelo que velaban la salida de artistas. Ella avanzó recta hacia él, mirándole intensamente.

—No estaba segura de que atendiera mi ruego —musitó, encaramándose a un taburete.

—Tiene usted poca confianza en sus dotes persuasivas. No podía dejar de acudir a su cita. ¿Qué desea tomar?

Ella hizo una seña al mozo y este acudió con una bebida de color ambarino, sin necesidad de pedido alguno.

Tras saborearla, ella dijo:

—Temo que sea difícil de comprender lo que me propongo pedirle.

—Pruebe a ver.

—Se trata de mi padre.

—¿Y...?

—Usted sabe cuál es su situación.

—Imagine que no sé tanto como insinúa y dígame de qué se trata.

Ella esbozó un gesto de impaciencia.

—Me llamo Marianne Heller. Mi padre es Abby Heller. ¿Aclara esto sus dudas?

—En absoluto.

Marianne dio un rápido vistazo a su alrededor. Luego, murmuró:

—Comprendo que esté a la defensiva... Muy bien, hablemos claro. Quiero librar a mi padre de la cárcel, eso es todo. Y solo puedo conseguirlo si usted me ayuda.

—¿De qué modo?

—¿Por qué se obstina en perder tiempo? Usted sabe perfectamente que papá no intervino directamente en el asunto Trenholm, aunque la policía no lo creyó nunca. Y también sabe usted qué se hizo del botín...

—Más despacio, linda... Usted cree que yo sé de qué está hablando, pero no es así. Nada de cuanto dice tiene sentido para mí.

Ella suspiró, impaciente, indignándose por momentos.

—Mire, señor Brown; estoy dispuesta a llegar adonde sea preciso para conseguir la libertad de mi padre. Él no es más que un infeliz que se dejó engatusar por una pandilla de granujas. Y usted está enterado de eso hasta los menores detalles. Tiene que ayudarme... ¡Tiene que ayudarme! —repitió, con inusitada vehemencia—. ¿No quiere comprenderlo? Es usted la única esperanza que me queda.

—Entiendo que todo esto gira en torno a cierto botín...

—¡Escuche...!

—Tómelo con calma, primor, porque yo no soy ese Brown que el diablo confunda. Mi nombre es Paul Mann.

—Oh, bueno, resulta una buena pantalla, pero conmigo no necesita fingir.

Ahora fue él quien suspiró.

—Ya me confundieron una pandilla de matones, y las cosas fueron muy desagradables. Por favor, créame usted, Marianne. Mi nombre es Paul Mann.

—Señor Brown, ese cuento no le sirve de nada conmigo. ¿Olvida que yo le vi algunas veces en este mismo local, antes de que papá fuera detenido?

Paul casi dio un salto fuera del taburete.

—¿Usted me vio aquí?

—¡Oh, Dios santo! No comprendo qué pretende con su estúpida actitud.

—Dígame, ¿usted me vio «a mí»?

—¡Naturalmente!

—Alguien debe haberse vuelto loco, y seguro que no soy yo, linda. Llegué a Nueva York hace tres días, después de seis años de ausencia. Estuve seis años seguidos en África. ¿Comprende lo que esto significa? Jamás pisé este local en mi vida, hasta esta noche, y mi nombre es Paul Mann. Es así de sencillo. Usted no pudo verme a mí ni aquí ni en ninguna otra parte, por la razón elemental de que estaba a miles de millas de distancia, en mitad de las selvas africanas... Y dicho sea de paso, comienzo a pensar que debí haberme quedado allí. Por lo menos, en la selva uno sabe cómo actúan los leones, caimanes y serpientes y puede prevenirse.

Marianne le contemplaba con ojos asombrados. Él pensó que era la

mujer más hermosa que viera en su vida.

—Su acento de sinceridad me hace dudar —musitó—. Pero si no es usted Joseph Brown, es su hermano gemelo. Yo le vi varias veces.

—No tengo ningún hermano, primor, ni gemelo ni de ninguna otra clase.

—Enséñeme sus documentos.

Suspirando, Paul los colocó sobre el mostrador, incluido el pasaporte.

La muchacha los examinó durante varios minutos, con tanta atención como un celoso funcionario de aduanas.

—Es... es increíble —musitó, al fin—. No puedo comprenderlo de ningún modo.

—Vayamos por partes. ¿Cómo me localizó usted?

Ella titubeó. Luego, saltando del taburete, decidió:

—Sígame; hablaremos más cómodamente en otro lugar.

Atravesaron el salón, los cortinajes, y recorrieron un corto pasillo. La puerta del final correspondía a una oficina de pequeño tamaño, pero lujosa y cómoda, con evidentes detalles femeninos en su decoración.

Resueltamente, la muchacha fue a sentarse al otro lado de la mesa escritorio, y Paul se dejó caer en un enorme butacón de forma increíble.

—Esto me sugiere que es usted la directora de este tinglado, ¿no es cierto?

Ella sonrió.

—Sería más acertado decir que el club es mío.

—Ya veo... una mujercita de negocios. Ahora, cuénteme qué condenado embrollo es este, y el modo cómo me localizó, confundién dome con ese Brown, al que media ciudad parece andar a la zaga.

—Uno de los hombres que le capturaron... el que conducía el coche...

—Entiendo, está sobornado por usted.

—No exactamente. Él era amigo de mi padre... Desde que le detuvieron, me mantiene informada de todo lo que hacen esos rufianes de Fessler.

—De los que él forma parte.

—Sí, pero en comparación con los otros, él es una buena persona. Le siguió cuando usted salió de aquella casa del Bowery, y así pude saber en qué hotel se aloja.

—Ya comprendo. Y ahora recuerdo que en la segunda parte del interrogatorio, el tipo no estaba allí.

—Eso es todo respecto al modo cómo le localicé. Ese hombre, cuyo nombre es Holman, está seguro que usted es Brown, aunque supo

engañar a Fessler y los demás. Por eso me avisó.

—Entendido. Ahora veamos el fondo de este maldito embrollo. Cuénteme.

—¿Para qué? Si usted no tiene nada que ver en ello, es inútil...

—¿Olvida que me sacudieron una paliza de campeonato? Alguien tiene que pagar con intereses los golpes que recibí. Además, si todo el mundo ha de seguir confundiéndose con ese condenado Brown, debo saber a qué atenerme.

Ella lo pensó durante un par de minutos, encendiendo un cigarrillo entretanto.

Al fin se decidió y dijo pausadamente:

—Todo gira en torno al botín del robo a la joyería Trenholm.

—Un robo a una joyería...

—Exacto. Según el joyero, los ladrones se llevaron un millón de dólares en diamantes tallados, más doscientos mil en otras gemas de menos valor.

—¿Y su padre fue detenido como cómplice del robo?

—Mi padre tomó parte... conduciendo el coche solamente. Él tiene un carácter débil, resentido; considera que la vida no le ha dado jamás la menor oportunidad. Incluso este cabaret, que él montó en sociedad con otro, fue un fracaso... Luego, el socio murió y papá estaba dispuesto a cerrarlo...

—Y usted lo impidió.

—Naturalmente; era lo único que teníamos. Le di otra orientación, cambié las atracciones y la orquesta y difundí una discreta publicidad... y la cosa resultó un éxito.

—Y para su padre, el éxito de usted fue una puñalada.

—¿Cómo lo sabe?

—Es típico de los hombres con un carácter como el que usted describe.

—Es cierto... Entonces conoció a Fessler, intimaron, y en poco tiempo estuvo liado hasta el cuello con esa pandilla.

—¿Cómo fue que solo detuvieron a su padre, siendo así que los autores del robo fueron Fessler y los otros?

—Eso es algo que todavía hoy no he acabado de comprender. Tengo para mí que, aprovechándose de que papá es un infeliz, le dieron a guardar el botín. De algún modo, papá trató de vender una de las gemas y aquel mismo día fue detenido... Pero la policía nunca consiguió hacerle confesar nada; ni el escondite del botín, ni el nombre de sus cómplices.

—Ya veo... ¿Dónde entra Brown en esto?

—Brown era el hombre que debía vender el botín fuera del país. Un

experto en diamantes, con relaciones internacionales, muy escurridizo. Desapareció cuando papá fue detenido.

—¿Se marchó a Europa?

—Sí...

—Y ahora parece ser que ha regresado, según creencia general. Oiga, ¿de veras me parezco a ese tipo?

—Como si fuera su hermano gemelo, ya se lo dije. Aunque ahora, viéndole de cerca, oyéndole hablar y observándole con la duda en el pensamiento, creo que existen vitales diferencias entre uno y otro.

—Menos mal —suspiró el cazador—. En cuanto al misterio de cuanto está ocurriendo a mí alrededor, se me antoja que no es fácil de solucionar. En primer lugar, porque ese Brown continúa en la sombra. Y en segundo, porque no veo en qué espera usted que la ayude...

—¿Sabe usted? Yo pienso que papá le entregó el botín a Brown. Mi padre es lo bastante tonto para creer que podía engañar a toda la camarilla de Fessler y salirle bien.

—Hay muchos agujeros en esta teoría. Y ahora que se me ocurre, Marianne, ¿quién es Nick Canaway?

—El jefe de Fessler, el cerebro de la pandilla. Él nunca toma parte en sus golpes; solo los planea y cuida de que se ejecuten según sus disposiciones... Oh, sí, Canaway es un tipo muy astuto...

Paul se levantó, encendió un cigarrillo y dio unos pasos de un lado a otro, pensativo.

—Un millón doscientos mil dólares no se esfuman en el aire, linda —comentó—. Su padre, si los escondió, es indudable que espera que le sirvan de consuelo cuando salga de prisión... ¿Ha pensado usted en eso?

Ella asintió.

—Mi padre es el hombre que creería que una jugada semejante podría salirle bien...

—Por otro lado, queda la posibilidad de que Brown haya vendido los pedruscos en Europa, en cuyo caso no hay manera de recuperarlos ya... con lo que su padre habrá de cumplir su condena hasta el final.

—¿Cree que no lo he pensado?

—¿Cuántos años le impusieron?

—Diez... Será un hombre destruido por completo cuando salga si ha de pasar diez años en el penal.

—Por eso quiere usted librarlo.

—Cierto.

—Bien, comprendo su deseo, pero se me ocurre que para conseguirlo, él debería colaborar también.

Ella esbozó un gesto lleno de amargura.

—Ni siquiera accede a recibir visitas. Solo le vi una vez desde que fue detenido.

—Comprendo.

—Ahora vuelvo a estar como al principio —se lamentó la muchacha—. Es horrible pensar en esos años que aguardan a papá...

—Ahora me explico el interés de Fessler y sus esbirros por echarle el guante a Brown... Lo que me parece menos explicable es cómo no han tratado de obligar a su padre a confesar el paradero del botín valiéndose de usted. Estoy seguro que esa gente es capaz de atacar a una mujer sin ningún escrúpulo. Usted les serviría de palanca para doblegar la voluntad de su padre.

Ella sonrió con cierta tristeza.

—Papá les advirtió desde un principio. Si alguien intentaba la menor violencia contra mí, confesaría al fiscal los nombres de sus cómplices en el robo. Eso les mantiene lejos de mí, aunque de vez en cuando me vigilan estrechamente.

—Bien, creo que de ahora en adelante habrá alguien más buscando al camarada Brown.

—¿Quién, usted?

—Ni más, ni menos.

—No comprendo su afán por complicarse la vida de este modo, si nada tiene que ver con el robo.

—¿Olvida que me sacudieron duro? Además, mientras Brown siga operando en la sombra, hay una espada pendiente sobre mi cabeza. Es una posición muy incómoda para mí.

Ella reflexionó sobre eso y al parecer llegó a una conclusión.

—Podemos ayudarnos mutuamente —dijo—. Yo estoy en una posición de privilegio, pudiendo contar con el hombre de Fessler.

—Será un placer colaborar —murmuró Paul, plantado ante la fotografía de un hombre, puesta en un estante lleno de revistas de espectáculos.

Ella dijo:

—Es mi padre, señor Mann.

—Lo imaginé. Debe tener alrededor de los cincuenta, si no me equivoco...

—Cuarenta y siete.

—¿Divorciado?

—No... Mamá murió hace muchos años.

Él se apartó del estante. Sonrió aprobadoramente cuando ella salió de detrás de la mesa, admirando el cadencioso contoneo del cuerpo.

—Volveré a verla pronto, Marianne —aseguró—. Entretanto, trate de no olvidarse de mí, ¿sí?

—¿Cómo podría olvidarle si se ha convertido en una esperanza para mí?

Estrechó su mano y la retuvo mucho más tiempo del debido. El repitió con voz lenta:

—Sí, volveremos a vernos pronto...

Y salió, cerrando la puerta a sus espaldas.

A la mañana siguiente, Paul abrió el *News* y sonrió de oreja a oreja, comprobando que su gestión de la noche anterior cerca del redactor jefe del periódico había dado resultado.

El periodista, un tipo larguirucho llamado Whaley, conservaba algunas cicatrices en su cuerpo y muchos recuerdos en su mente. Entre esos recuerdos figuraba en lugar de honor el hombre que le salvó la vida en África, cuando ejercía la corresponsalía del periódico en el continente negro.

De modo que no había opuesto muchos inconvenientes para insertar la corta gaceta.

Y allí estaba: una fotografía de Paul Mann ante un fondo selvático, y un pie informando de que el gran cazador y guía de *safari* estaba de regreso después de años de riesgos y aventuras, y grandes cacerías.

Paul sabía que maldito si le importaba a nadie su regreso, pero confiaba en que la fotografía contribuiría a activar el asunto en el que se había metido de lleno, casi forzado por los acontecimientos.

Comprobó que la escueta información mencionaba el hotel en que estaba alojado y arrojó el periódico sobre una silla.

Tras esto, se dirigió al armario. Sus maletas habían sido vaciadas por el servicio, y su contenido, distribuido por los colgadores y las gavetas; pero el largo baúl de sólido cuero seguía intacto por expresa disposición del cazador.

Ahora lo abrió con la llave y quedaron al descubierto los distintos rifles de caza, entre los que destacaba un «Marlin 389» de mortífero aspecto.

Había visores telescópicos sujetos en sus engarces especiales. Paul los contempló con el ceño fruncido, preguntándose quizá cuándo podría volver a usar aquel soberbio arsenal.

Luego, abrió un compartimento cerrado con una cremallera y quedaron al descubierto dos pistolas de gran calibre y un revólver de doble acción, calibre 44.

Tras un ligero titubeo, se decidió por una automática «Mauser». La cargó cartucho a cartucho, revisándolos como tenía por costumbre cuando emprendía una expedición de caza. Sabía bien que un cartucho defectuoso puede significar la muerte, de modo que cuando introdujo una bala en la recámara del arma, estaba seguro que la «Mauser» respondería con seguridad cuando fuera requerida.

Porque, en cierto modo, Paul pensaba que aquello era también una cacería. Quizá más terrible y peligrosa que las de la jungla por cuanto la pieza era inteligente y astuta, y más cruel que los habitantes de los bosques y selvas del gran continente, que, ahora estaba seguro, empezaba a echar de menos.

Con la pistola disimulada en el cinto, abandone la habitación y después el hotel.

★ ★ ★

La gacetilla del periódico tuvo éxito incluso antes de lo que Paul calculara, cuando le pidió el favor a su amigo periodista.

El éxito, se materializó en el hombre que estaba aguardándole en su habitación cuando regresó a ella a primeras horas de la noche.

Paul entró, cerró la puerta y entonces le vio, sentado en una silla, muy rígido, mirándole fijamente.

Muchas cosas quedaron aclaradas en aquellos brevísimos instantes, porque Paul se encontró mirando su propia imagen, como reflejada en un espejo.

El hombre era, sin duda, una fiel reproducción de sí mismo.

—Hola —dijo, con calma—. Usted es Brown, sin duda...

Brown se levantó despacio, asombrado.

—¡Es increíble! —balbució. Y de pronto cayó en la cuenta de lo que Paul había dicho y exclamó—: ¡Eh, usted me ha identificado con solo verme!

—Por supuesto.

Ahora, al mirarlo de cerca, Paul Mann advirtió sensibles diferencias entre su doble y él. Los ojos de Brown eran más pequeños y oscuros, y la mandíbula tampoco tenía su rotunda agresividad. Pero en conjunto era comprensible que Bonner y sus acólitos se hubieran equivocado.

—Esto me huele a trampa —rezongó Brown, hundiendo la mano en el bolsillo de la chaqueta—. ¿Cómo sabe usted de mí?

Ignorando el agresivo gesto de empuñar un arma dentro del bolsillo, Mann atravesó la habitación y fue a sentarse cerca de la ventana.

—Es muy sencillo, Brown... Me confundieron con usted y no lo pasé muy bien. Al parecer, hay cierta gente que siente una particular aversión por usted.

—¿Quiénes?

—Fessler y algunos más.

El hombre suspiró.

—Es usted afortunado al poder contarle. Si yo cayera en sus manos,

sería el final.

—Eso es lo que pensé.

—Su parecido conmigo... o al revés, es asombro so... Cuando vi la foto en el periódico, creí que era un truco de Fessler, o quizá de Nick... Llamé al diario y comprobé que la cosa era cierta, y entonces decidí conocerle.

—¿Por qué?

—¿Qué quiere decir, Mann?

—Sencillo. ¿Qué intención es la suya al venir a verme?

—Bueno... pensé que si su parecido era tan formidable como aparecía en la foto, tal vez podríamos idear un plan para despistar a la gente de Nick.

—¿Qué plan? ¿Quién es Nick?

—Nick Canaway, un bastardo sin escrúpulos, muy peligroso...

—¿Y el plan?

—No sé, no pensé a fondo en ello todavía. Necesitaba verle primero.

—Ya me ha visto. ¿Qué piensa hacer?

Brown se removió, inquieto.

—Quisiera despistar a esa gentuza durante unos días, hacerles seguir una pista falsa. Necesito algunos días de seguridad aquí, en la ciudad, para ultimar un negocio. ¿Comprende? Por supuesto, le pagaré por ayudarme, Mann.

—¿Qué clase de negocio?

Brown dio un respingo.

—Eso no le importa, amigo. Le ofrezco ganar mil dólares a cambio de su colaboración, eso es todo.

—¿Y en qué debería consistir esa colaboración, según usted?

—Bueno... ya le he dicho que todo lo que quiero es despistar a ese grupo de bastardos. Quizá sería una buena idea que usted emprendiera un viaje hacia el Sur; naturalmente, con los gastos a mi cargo. Me ocuparía de que llegara a oídos de Fessler que Brown se dirigía a Florida, por ejemplo... No me cabe duda que saldrían de estampida detrás de sus huellas.

—Ya veo; todo lo que yo debería hacer sería dejar un rastro tras de mí, pero sin dejarme atrapar. ¿Es eso?

—Ciertamente. Y se ganaría mil dólares... —apostilló Brown, esperanzado.

—Y entretanto, usted desenterraría un millón doscientos mil dólares en piedras preciosas y diamantes. Opino que mil dólares es un porcentaje ridículo a cambio de esa fortuna.

—¿Cómo infiernos sabe usted tanto? ¿Qué juego es el suyo?

—¿Olvida que Fessler me cazó? Estuve escuchando su conversación

mientras me creían inconsciente.

El embuste a medias era plausible, y Brown lo aceptó como bueno.

—Comprendo que crea usted eso —musitó—, pero lo cierto es que ignoro el paradero del botín, Mann. Justamente es lo que quiero averiguar en esos días de respiro.

—¿Cómo piensa lograrlo? ¿Consultando una bola de cristal? Vamos, Brown, o jugamos los dos, o no hay partida.

El «perista» dio un salto.

—¡Maldito si le doy entrada en este negocio, Mann!

—Entonces, largo de aquí. No hay nada que tratar entre usted y yo. Cuando se encuentre acorralado, piense en eso.

Paul se dirigió a la puerta y la abrió.

—Andando —insistió—; la salida es libre.

Brown titubeó. Luego, con voz vacilante, dijo:

—Cierre esa maldita puerta.

Paul cerró sin mucho entusiasmo.

El «perista» volvió a dejarse caer en la silla.

—Hablemos ahora —refunfuñó—. ¿Cuánto a cambio de su ayuda?

—Depende de las seguridades que usted me ofrezca de cobrar, amigo.

—No olvide que he de averiguar todavía el paradero de las piedras. Tengo un comprador de confianza en Ámsterdam, pero no tengo las joyas aún.

—Eso me parece un negocio muy problemático, Brown. ¿Cómo piensa descubrir el paradero del tesoro?

—Eso es asunto mío.

—Y mío, si hemos de ser socios en esto.

—Nadie habló de sociedad. Yo le pago por un trabajo y eso es todo.

—Su tacañería le llevará al fracaso.

—Veremos. Puedo hacerlo sin su ayuda, no lo olvide, Mann.

—Tal vez, pero no parece que hasta ahora haya tenido mucho éxito.

—Definitivamente, ¿cuánto?

—Diez mil.

Brown se levantó de un brinco.

—¿Está usted loco?

—No llega ni al diez por ciento del millón doscientos mil pavos, amigo.

—¡Pero yo no podré sacar esa suma ni con mucho en Ámsterdam!

—Eso es cosa suya.

Paul encendió un cigarrillo con toda calma. Brown bufó y refunfuñó entre dientes, maldiciendo de mala manera. Paul esperó.

—Ocho, Mann —decidió, de pronto.

—Debería llamarse usted Isaac Leví —rio el aventurero—. Está bien, sean ocho mil. La mitad, por adelantado.

—No creará que llevo cuatro mil dólares en los bolsillos...

—Tráigalos. Cuando quiera, Brown. Yo no actuaré de señuelo hasta que tenga el dinero en mí poder.

—Esta misma noche puedo tener el dinero disponible.

—¿Dónde?

—Aquí. Se lo traeré.

—De acuerdo. ¿A qué hora?

—Tengo algunas cosas que hacer todavía... Alrededor de las tres de la madrugada, si le parece que puedo llegar aquí sin que me detengan los empleados de noche.

—Debe haber una salida de servicio. Utilícela.

Brown asintió, dirigiéndose a la puerta. Antes de salir se volvió, titubeante.

—Voy a confiar en usted, Mann... pero no trate de jugármela. Podría matarle si fuera necesario. Este es un juego duro, muy duro. ¿Entiende?

—Creo que sí.

Salió y Paul cerró la puerta con llave por el interior, recapacitando.

Se dio una larga ducha, cambió sus ropas por un traje más oscuro, acomodó la pistola en su lugar y también él abandonó el hotel resueltamente.

Marianne le recibió cordialmente en su lujosa oficina. La muchacha aparecía radiante esa noche, con una mirada brillante y cálida en sus profundos ojos azules.

Paul la recorrió con la mirada de arriba abajo y sonrió, complacido.

—Mujeres como usted era lo único que me faltaba en la jungla, Marianne —comentó, sentándose ante la mesa.

—¿Mujeres, así, en plural?

—Eso es solo autodefensa, pero lo cierto es que con una hubiera sido suficiente, de ser usted.

—Muy halagador viene esta noche. Me ha llegado al corazón, así que...

Pulsó un botón y un camarero entró instantes después.

Ella no pidió nada, pero Paul aprovechó para solicitar un *whisky* con hielo.

—Creo que ahora lo llaman «sobre las rocas» —comentó, mientras el camarero salía.

Marianne asintió.

El añadió:

—Muchas cosas han cambiado en estos años, desde las mujeres y sus vestidos, hasta los coches. Le aseguro que voy de sorpresa en sorpresa desde que llegué.

—Me gustaría viajar por África —dijo la muchacha, con vez soñadora—. No me pierdo ni una película de tema africano.

—Seguramente, ninguna de esas películas ha sido rodada en la jungla, sino en los estudios por los tramposos de Hollywood.

El camarero apareció con el *whisky* y una de aquellas ambarinas bebidas que servían a su patrona sin necesidad de pedido alguno. Luego, se retiró silenciosamente, cerrando la puerta.

Marianne probó su licor y luego se recostó en el sillón basculante.

—Vamos, dígalo —urgió, placenteramente.

—¿Qué diga qué?

—El motivo de su imprevista visita.

—Hay un motivo primordial y otro secundario.

—Está bien, oigamos esos motivos.

—El primordial es usted. Ansiaba volver a verla, eso es todo.

Ella sonrió, aunque no pareció impresionarse demasiado.

—¿Y el secundario? —indagó.

—Recibí la visita de Joseph Brown.

La muchacha dio un salto.

—¿De veras?

—Estuvo en mi habitación, esperándome hasta que llegué.

—¿Y le dejó escapar?

—No podía retenerlo sin armar un escándalo. Además, no me interesaba hacerlo. Va a volver esta misma noche.

Y le contó la conversación sostenida con el escurridizo «perista».

Al final, ella suspiró:

—No parece que hayamos adelantado mucho. Si Brown ignora el paradero de las joyas, no puede ayudarme a liberar a papá.

—Hay un pequeño detalle que usted parece ignorar... Él está seguro de averiguar el paradero del botín con un par de días de libertad de movimientos.

—Pero, ¿cómo...?

—No lo sé, aunque es posible que pueda averiguarlo. El tipo es un bastardo astuto como el diablo, con menos escrúpulos que una cobra. Será un placer fastidiarle.

—No se fíe, Paul. Brown puede ser muy peligroso si se ve en apuros. Papá le despreciaba, pero sentía temor a causa de él.

—Se necesita algo más para atemorizarme a mí, y no es solo jactancia, sino que estoy habituado a la violencia.

—¿Está seguro que él no dijo nada que pueda orientarnos respecto al paradero de las joyas?

—Ni media palabra, aunque he reflexionado mucho sobre este asunto. ¿Sabe usted? Viviendo en la jungla uno se acostumbra a desdoblarse... colocándose en el lugar de la pieza que se intenta cazar, de modo que pueda adivinar los movimientos que la fiera hará. De este modo es posible sorprenderla antes que pueda atacar.

—¿Qué quiere decir con eso?

—He tratado de ver las cosas desde el punto de vista del camarada Brown. Y creo que he dado en el clavo.

—No le comprendo, Paul.

Él sonrió al sentirse llamar así por la muchacha.

—El cree que podrá descubrir el paradero de las joyas. Teniendo en cuenta que Brown está convencido que Abby Heller escamoteó los pedruscos, se me ocurre que el muy granuja piensa que las joyas están en poder de usted, Marianne, a quién las confió su padre. O que, por lo menos, conoce su paradero.

—Si piensa eso, está loco de atar. A mí hubiera sido la última persona en el mundo a quién papá se habría confiado en un caso semejante.

—Eso lo sabe usted, pero no Brown. De modo que presumo que tan pronto Fessler y sus rufianes estén corriendo detrás de mis huellas, él se presentará dispuesto a arrancarle una confesión.

—Entiendo...

—Sería una gran cosa poder hablar con su padre, muchacha.

—Él no accederá. Ya le dije que se niega a recibir visitas. Yo le vi antes que le trasladasen al penal... Luego, ni siquiera su abogado logró convencerle. Es como si quisiera pasar los diez años completos en la cárcel, no admitiendo ayuda de nadie.

—Tal vez no quiere ayuda. Quizá ha llegado a la conclusión de que merece el castigo y se propone aceptarlo con todas sus consecuencias...

—No puedo creer eso de papá...

—Entonces, deme una explicación más convincente. Pero hay que partir de la base de que su padre se quedó con el botín, por deseo de sus cómplices o por iniciativa propia; eso no lo sabemos. Bien, ¿qué pudo hacer con un paquete tan valioso? No lo confió a usted...

—No.

—Ni lo escondió en su casa, por supuesto.

—Lo pensé en un principio. He registrado hasta los más recónditos lugares y rincones. No, Paul, no lo ocultó en casa.

—Bueno, o encontró un sitio ideal, imposible de localizar, o confió en alguien. Fessler y los suyos creen que confió en Brown, pero usted y yo sabemos que tampoco eso es cierto.

—¿Entonces...?

—Hay alguien más que ignoramos.

Ella movió la cabeza, llena de dudas.

—Papá no entregaba su amistad fácilmente. Casi diría que no tenía amigos... excepto Holman, en cierto modo. Las personas con que se relacionaba eran hombres taciturnos, con los que bebía un trago de vez en cuando, y se contaban sus mutuos fracasos, creo que como mutua justificación.

—Hombres fracasados... no nos sirven. ¿Y mujeres?

La muchacha frunció el ceño.

—¿Qué quiere insinuar, Paul?

—Su padre no es ningún viejo. Está en una edad madura, pero a juzgar por la foto, es un hombre vigoroso y de buena presencia. Tal vez tenía una amiga en alguna parte.

—¿Papá? No sea ridículo.

—Usted lo ve desde el punto de vista de una hija. Pero su padre es viudo. ¿De veras cree que después de morir su madre, no hubo ninguna otra mujer en la vida de él?

Ella titubeó, desviando la mirada.

—Comprendo —musitó—. Pero si la hubo, yo nunca lo supe. Aunque algunas veces flirteaba con las chicas del club, usted sabe... Siempre sospeché que se citaba con ellas fuera del trabajo, pero sin que esto tuviera nada que ver con una aventura más importante.

—Ya veo...

—¿Cree que tenía una amante en algún sitio, una mujer a la que confió el botín?

—Los hombres cometemos muchas tonterías por culpa de las mujeres, Marianne, eso ya debería saberlo usted.

—¿Y qué?

—Que cuando se pasa de los cuarenta, esas tonterías suelen revestir excepcional gravedad. Si su padre tenía una amante, no me sorprendería nada que él estuviera convencido del amor de esa mujer y confiara en ella.

—Absurdo...

—¿Cómo cree usted que podríamos averiguarlo?

—No lo sé. No hay ni que pensar en preguntárselo a él...

—¿Quizá las chicas con las que flirteaba alguna vez?

—Ellas, menos que nadie... Quizá Holman...

—¿El esbirro de Fessler? Olvídelo.

—¿Por qué? Papá muy bien pudo confiar en él. Eran amigos...

—Aunque hubiese confiado en él, Holman vería inmediatamente cuál es la razón que la guiaría para hacerle semejante pregunta. Y de ahí a que él llegara a la misma conclusión no habría más que un paso.

—Bueno, si no es por medio de él, no veo...

—¿Dónde están los objetos personales de su padre? Debieron entregárselos después que fue detenido. ¿Los guarda usted?

—Sí, pero no recuerdo que hubiera nada importante...

—Eso no puede asegurarlo hasta comprobarlo detalladamente. ¿Recuerda si había alguna agenda de bolsillo?

—Sí, claro, pero...

—Le daremos un vistazo cuando usted vuelva a su casa. ¿A qué hora sale usted de aquí?

—Depende... Si hay poco trabajo, cerramos a las tres. Pero si queda buen ambiente, con clientes de los que gastan dinero, no terminamos hasta que se van...

—¿Y siempre espera usted el cierre?

—Sí.

Paul hizo una mueca de contrariedad.

—Está bien, linda; me reuniré con Brown en mi hotel, y luego volveré aquí o la llamaré. ¿Conforme?

—Me parece perfecto, aunque no confíe en el resultado.

El río entre dientes.

—Por lo menos, me dará la excusa para reunirme otra vez con usted, posiblemente en su domicilio. Eso es mucho más de lo que pensé obtener en tan poco tiempo.

—Eso quiere decir que piensa obtener mucho más con tiempo suficiente...

—¿Cómo lo supo?

Rieron los dos. El encendió cigarrillos.

En aquel instante, un pequeño bulbo rojo que había en un extremo de la mesa parpadeó con luz viva.

Paul indagó, señalándolo:

—¿Qué significa eso, primor?

—¡Algo está sucediendo en el local! —dijo ella, levantándose de un salto.

Corrió hacia la puerta. Paul suspiró, molesto por aquella interrupción cuando estaba llevando las aguas a buen puerto.

Al fin, levantándose, siguió en pos de la muchacha, cuando esta ya había desaparecido.

El grupo estaba ante el mostrador, alborotando a voces. Por encima del grupo volteaba un puño y luego descendía hacia abajo, sobre un objetivo que los cinco o seis individuos ocultaban.

El puño subía y bajaba rítmicamente, como el pistón de un motor.

Marianne llegó junto al grupo y comenzó a forcejear para abrirse paso. Paul la contempló, y aparte de extasiarse con su maravillosa belleza, admiró profundamente su resolución.

Alguien, en el grupo de energúmenos agresivos, volteó el brazo. Marianne salió despedida, trastabillando, tropezó con un taburete y se desplomó de espaldas.

Paul avanzó sin prisas, con una peligrosa lucecilla relampagueando en el fondo de sus grises pupilas.

Ayudó a la muchacha a levantarse y la sostuvo unos instantes entre sus grandes manos.

—¿Está usted bien, muchacha?

Ella le miró. Estaba más adorable que nunca bajo los embates de la indignación más absoluta.

—¡No lo sé! —bufó—. ¡Esos salvajes...!

—Déjelos a mi cuidado... ¿Olvida que procedo de la jungla?

Enseñó los dientes en una mueca y luego se fue hacia el grupo.

De un vistazo captó lo que sucedía, quién era quién en aquel compacto y salvaje murallón, puños y golpes.

—Seis contra uno —monologó—. Es una excelente proporción para llevar las de ganar.

Efectivamente, eran seis hombres que mantenían cercado a otro, sobre el cual los puños martilleaban incesantemente, entre exclamaciones, lamentos y amenazas.

Paul volteó el brazo derecho. Su puño, como un jamón, retumbó contra la nuca del más cercano. La cabeza del hombre pareció dar un salto. Luego, el tipo se desplomó sin una queja.

Hubo unos instantes de desconcierto. Paul dijo:

—Lo lamento, pero ustedes se lo buscaron, camaradas...

La dura punta de su zapato se incrustó más abajo del cinturón de otro matón, y cuando el tipo se dobló en dos, boqueando, el mismo zapato volvió a entrar en funciones, esta vez contra la desguarnecida barbilla.

Sonó un lúgubre chasquido, como de algo que se rompe. Luego, el

hombre aulló ruidosamente, cayendo contra sus compinches y su víctima y organizando un buen lío de brazos y piernas.

Una cara brutal retumbó contra el suelo mientras su dueño intentaba librarse de la confusión. Paul levantó el pie y la aplastó sin titubear.

El alarido del rufián hizo estremecer las paredes.

Otro consiguió liberarse del nudo vociferante y se levantó de un brinco, enfrentándose con Paúl. Su mano desapareció rápidamente bajo sus ropas, y cuando apareció, empuñaba un cuchillo automático.

La hoja de brillante acero saltó fuera de la empuñadura como la lengua de una serpiente.

Paul se agazapó, retrocediendo unos pasos, vigilando los flancos con ojos de halcón.

Marianne chilló:

—¡Cuidado, Paul...!

El navajero enseñó los colmillos en una mueca de triunfo. Inmediatamente, sin transición, atacó furiosamente.

Paul Mann había esquivado el ataque de ágiles panteras y escurridizas serpientes a lo largo de sus años de cazador. De modo que no le resultó demasiado difícil esquivar el cuchillo que le buscaba.

Esbozó apenas un quiebro y la mano armada pasó junto a él como un rayo de plata. Una fracción de segundo después, su mano, como una zarpa de hierro, se cerró en torno a la muñeca.

Durante unos instantes, los dos hombres permanecieron inmóviles, tensos como cables, forcejeando uno para librarse y el otro para mantener su presa.

Paul sonrió.

—Debiste quedarte en cama esta noche, compañero...

Realizó una fulminante contorsión. La muñeca apresada se retorció de modo inverosímil.

El rufián supo lo que iba a suceder sin que pudiera hacer absolutamente nada para evitarlo. Jamás imaginó que una mano humana pudiera hacer gala de semejante fortaleza. Sus huesos chasquearon y él rugió de dolor.

Cayó de rodillas, bramando como una bestia herida. Paul le soltó y el navajero cayó de bruces golpeando el suelo con el puño sano a impulsos del salvaje dolor de sus huesos astillados.

Paul Mann, jadeante, buscó otro enemigo. Se encontró con dos de ellos que avanzaban cautelosamente, enarbolando sendos cuchillos.

El otro se apoyaba en el mostrador como si estuviera mareado.

La víctima del salvaje apaleamiento gemía en el suelo, hecho un ovillo.

Paul dio unos pasos atrás, mirando a los ojos de sus enemigos. Alguien pronunció la palabra «policía», pero nadie pareció hacer el menor caso.

Quien más quien menos consideraba que el espectáculo que se les ofrecía era mucho más rudo y excitante que un buen combate de boxeo. En su vida habían presenciado una lucha semejante.

Asustada, Marianne chilló:

—¡Huye, Paul, te matarán!

La espalda del cazador dio contra la barra y se detuvo.

Todos sus músculos estaban perfectamente tensos, bien sincronizados con la voluntad y los nervios, formando un conjunto perfecto y adiestrado.

—Vamos, aprisa —los desafió Paul—. ¿Tanto miedo tenéis?

Los dos saltaron a un tiempo, los brazos rígidos, las puntas afiladas de los cuchillos por delante, rectos hacia el pecho del corpulento aventurero.

Paul echó mano a su voluntad, a la perfecta sincronización de su cuerpo. Impulsándose con las puntas de los pies y las manos apoyadas en la barra, brincó hacia atrás y dio una limpia voltereta por encima del mostrador, cayendo al otro lado, donde rebotó como una pelota.

Uno de los cuchillos se había clavado profundamente en la madera del mostrador, justo en el lugar ocupado fugaces instantes antes por el cuerpo al que iba destinado.

El otro rufián se había detenido, atónito.

Paul agarró una botella y con el mismo movimiento la volteó en el aire, estrellándola contra la cara aturdida del más cercano enemigo.

Hubo un estallido de cristales, huesos y sangre, y el hombre voló materialmente hacia atrás con un largo y escalofriante alarido.

El alarido se extinguió bruscamente cuando el cuerpo tropezó con su paralizado compinche.

Durante unos segundos, el hombre del rostro destrozado permaneció en pie, pegado a su camarada. Paul frunció el ceño y saltó encima del mostrador.

Entonces, el navajero sano se apartó un paso. Ya no empuñaba su cuchillo, sino que miraba con ojos desorbitados a su camarada, que iba doblándose lentamente... con la empuñadura de la navaja sobresaliendo de su espalda como el asta de una pequeña bandera roja...

El cuerpo cayó. El rufián que había perdido de este modo su cuchillo trató de retroceder a trompicones, pero se encontró con unas manos como tenazas sujetándole y arrojándole contra el mostrador.

—Sin prisas, camarada —dijo Paul, jadeando—. Quiero que limpies

esto de basura, ¿entendido?

El hombre le miró estúpidamente. Luego, dio un vistazo a su alrededor y lo que vio le dio náuseas.

Vigilado por Paul, acarreó los cuerpos de sus compañeros hasta la calle, donde los colocó dentro de un coche como fardos. El que conservaba el cuchillo clavado en la espalda fue el último.

Paul comentó:

—Me gustará ver cómo justificas esta puñalada, compañero... Y ahora, largo de aquí.

El hombre se puso al volante y el coche se alejó despacio.

Paul regresó al interior. Entre dos camareros atendían a la víctima del grupo de maltrechos matones. Desde luego, el rostro de aquel muchacho, puesto que era extremadamente joven, había recibido un tratamiento cuyas huellas no se borrarían en muchos meses.

Marianne corrió hacia Paul cuando este apareció.

—¡Paul! ¿Estás bien?

—Por supuesto que estoy bien. Pero, ¿has advertido que tu interés hacia mí es más que sospechoso, nena?

—¡Oh, maldita sea! Jamás vi cosa igual... Pareció que te volvías loco de repente...

—No se puede luchar contra seis enemigos a la vez, utilizando las reglas del boxeo académico.

—Pero esa brutalidad, Paul...

—¿Qué estaban haciendo ellos?

Ella se volvió hacia el muchacho. Los camareros estaban conduciéndole hacia la salida para evitar la prolongación del espectáculo.

—Deberías contratarme aunque solo fuera para guardar el orden en tu local, pequeña...

—¡Ni en sueños! No quiero que aporrees a mi clientela una noche sí y otra también.

—Creo que me he ganado un trago, a menos que tengas algo que decir.

Ella llamó al mozo y luego se ocupó de tranquilizar a los clientes y a las muchachas. La orquesta reanudó su actuación y algunas parejas salieron a la pista, sin dejar de comentar el extraordinario espectáculo que, de modo gratuito, se les había brindado.

Apenas había empezado a saborear su bebida, cuando Paul notó que alguien llegaba junto a él. Una voz murmuró, con voz desfallecida:

—Quería agradecerle lo que ha hecho, amigo...

Volviéndose, se encontró con el muchacho a quién acababa de salvar del apaleamiento.

—Olvidelo. Esos tipos necesitaban una lección.

—No lo olvidaré en mucho tiempo. Gracias una vez más.

El joven ofrecía un aspecto lamentable, con las ropas en desorden y hechas jirones, la camisa salpicada de sangre y el rostro tumefacto.

Le vio alejarse con pasos vacilantes hasta desaparecer en la salida. Sacudió la cabeza y apuró el *whisky*.

Solo entonces comenzó a pensar en lo sucedido desde un punto de vista objetivo, advirtiendo, con cierto asombro, el salvajismo de su reacción, la manera brutal como se había comportado.

Quizá fueran reminiscencias de la jungla.

De cualquier modo, se sintió disgustado consigo mismo.

Aunque eso, para sus víctimas, maldito si les servía de consuelo.

Abrió su habitación y dio un paso hacia adelante, buscando instintivamente la llave de la luz.

Nunca la encontró. Algo tan duro como una piedra estalló sobre su nuca, hubo una explosión de chispas de fuego ante sus ojos y luego la oscuridad de la estancia penetró en su consciencia.

Cuando el dolor lacerante le obligó a recobrar el conocimiento, Paul gimió entre dientes, revolviéndose en el suelo. Estaba a oscuras, y no podía precisar el tiempo que había pasado desde que fuera agredido.

Estaba calculando sus posibilidades en caso de ponerse en pie, cuando alguien abrió la puerta y la luz brilló en el techo.

La catarata de luz le hirió los ojos. Lanzó un juramento contra quien fuera que había entrado. Tras esto, una voz ruda gruñó:

—Había algo de cierto en el aviso... Usted, Mulligan, ocúpese de este mientras doy un vistazo.

Unos pies calzados con grandes zapatos marrones pasaron por su lado. Luego, un hombre de rostro mofletudo se inclinó junto a él.

—¿Cómo se siente, amigo, qué sucedió?

—Eso me gustaría saber... Creo que tengo la cabeza partida en diez pedazos...

—¿Con qué le golpearon?

—Esta es una pregunta muy inteligente —rezongó. El hombre llamado Mulligan le ayudó a levantarse.

Con las piernas inseguras anduvo hasta una silla y se derrumbó.

El hombre de los zapatos marrones regresó.

—Vaya y vea el cuarto de baño, Mulligan.

Paul levantó la dolorida cabeza.

El hombre que estaba ante él era alto, recio, de grueso cuello de toro. Sus ojos, demasiado juntos, tenían una mirada azorada mientras le examinaban.

—¿Qué pasó aquí?

—Regístreme. Me tumbaron sin darme explicaciones.

—No se haga el gracioso, hombre. Soy el teniente Gerhard, y el individuo que está sintiendo profundas náuseas ahí dentro se llama Mulligan y es sargento. Los dos pertenecemos a Homicidios.

—¿Homicidios? —balbució Paul, atónito—. ¿Qué demonios están haciendo aquí?

—La respuesta está en el cuarto de baño.

—¿Qué?

—Si no estuviera hablando con usted ahora, diría que el tipo que trincharon ahí dentro era usted, si es que entiende...

—¿Quiere decir que se parece a mí?

—Bueno, no está en muy buenas condiciones para la identificación, pero por lo poco que he podido ver, yo diría que se trata de su hermano.

—No tengo hermanos, teniente.

—Entonces, ¿pariente?

—¿Cómo quiere que lo sepa si no le he visto aún? Apenas había entrado cuando me quitaron de en medio... ¡Dios, qué golpe!

—El tipo era su vivo retrato, a menos que esté muy equivocado. Eso debe significar algo para usted.

El sargento volvió. Tenía el rostro gris.

—Jamás vi cosa igual. ¡Ahora que se me ocurre...!

—No se canse. Se parece a este, ¿eh?

—¿Parecido? ¡Infiernos! Yo diría que es el mismo, sino que esto no puede ser...

—Trate de convencerme de que yo todavía aliento, sargento —terció Paul, cansadamente—. Ahora quizá quieran decirme qué es lo que hay ahí dentro.

—¡Lo que queda de un tipo! Pero en muy malas condiciones. Le trataron muy mal, si es que lo comprende.

—¿Quiere decir que le torturaron?

—Y de qué manera. Le amordazaron bien para que no pudiera alborotar demasiado, y luego hicieron el trabajo.

—Una asquerosa chapuza, teniente —protestó el sargento.

—Repugnante, es cierto... El cuerpo está en la bañera, nadando en su propia sangre.

—Ahórrese los detalles, maldito sea usted —bufó Paul, mareado por el dolor—. ¿Cómo llegaron tan a tiempo?

—Alguien llamó al Precinto diciendo que en esta habitación había un «tieso». Bueno, decidimos echar un vistazo. ¿Qué sabe de todo esto?

—Ni una maldita palabra.

—Por lo menos, sabrá qué estaba usted haciendo aquí a estas horas.

—Si no fuera por el dolor, me echaría a reír. Este es mi cuarto, compañero. ¿Entiende? Yo soy el tipo que paga por esta habitación... aunque ahora me pregunto si no estaré haciendo un pésimo negocio.

—Entonces, ¿quién es el inquilino de la bañera?

—Regístreme. Usted olvida que ni siquiera le he visto.

—No hay mucho que ver.

—De todos modos...

Echó a andar y asomó la cabeza por el cuarto de baño.

Sintió que su estómago se encabritaba ante el horrible espectáculo.

Lo que quedaba de Joseph Brown eran jirones sangrientos solamente.

Volvió atrás.

—Alguien se tomó mucho trabajo para liquidarlo —refunfuñó.

—¿Tiene inconveniente en que demos un vistazo por aquí, mientras llegan los chicos del laboratorio, los fotógrafos y el médico?

—¿No piensan traer a nadie más?

—Gracioso... Mire cómo me río, compañero.

—Ya lo veo.

—Ahora, responda.

—Hagan lo que quieran. No creo que el asesino esté escondido debajo de la cama.

El teniente dio una orden a Mulligan, y este inició un rápido registro.

Entretanto, el teniente acercó una silla adonde estaba Paul, y sentándose a horcajadas, dijo:

—Vamos a adelantar algunos trámites. ¿Su nombre?

—Paul Mann.

—¿Profesión?

—Cazador.

—¿Qué, eso es una profesión?

—En el lugar de donde yo vengo, sí.

—¿Qué lugar es ese?

—África, teniente.

—¡Eh, vea esto, jefe!

La exclamación del sargento obligó al teniente a girar en redondo. Los dos hombres contemplaban estupefactos los rifles colocados en el estuche de cuero. Casi con unción, Gerhard tomó el «Martin» y lo sostuvo entre sus manos, admirando la soberbia potencia del arma y su perfecto equilibrio.

—¿Qué clase de obuses dispara este cañón, Mann?

—Lo suficiente para abatir un elefante.

—Supongo que tendrá las licencias en vigor, ¿eh?

—Seguro.

—Bueno, lo comprobaré después.

Dejó el rifle como a regañadientes, fascinado por la extraordinaria arma, y regresó al lado de Paul.

—Vamos a continuar con lo nuestro. Quedamos que su profesión es cazador y que ha venido de África. Muy bien; ¿tiene algún domicilio en este país?

—Esta habitación es cuanto poseo como domicilio.

—¿Cuándo llegó?

—Hace apenas cinco días.

—¿Conocía al muerto?

—¡Ya le dije que...! Oh, está bien, no señor. Jamás lo vi.

—¿Tiene alguna idea sobre quién puede haberlo matado?

—Ni la más remota. Y me gustaría saberlo, teniente... Detesto encontrar cadáveres en mi bañera. Me deprimen, ¿comprende?

—Eso debe ser una muestra del humor africano —resopló el policía—. No cabe duda que ese hombre se parecía a usted como una gota de agua a otra, y que vino aquí sabiendo ese parecido; solo que alguien le liquidó antes, adornando el trabajo con un cuchillo. Ahora bien, Mann, se me ocurre que el que hizo esa salvajada pensó que a quién despachaba era a usted.

—¿Qué?

—Es elemental, como diría el inglés... El hombre era su vivo retrato, estaba en su habitación, ¿no? Y es aquí donde le dejaron «tieso»; por lo tanto, creyeron matarle a usted ¿Me sigue?

—Preferiría no seguirle, porque esto me sugiere que cuando adviertan su error, volverán, ¿eh?

—No me cabe ninguna duda —dijo Gerhard, beatíficamente.

—Es un maldito consuelo.

—Quizá entonces podamos echarles el guante.

—¿Cuándo me hayan convertido en tiras? Eso es un pobre consuelo.

—No pretendo consolarle en modo alguno, Mann. Solo quiero decirle que no le creo una maldita palabra. No creo que no conociera a un hombre que se parecía a usted, que era factible de ser confundido con usted en persona. No creo que ignore usted el nombre de ese individuo, ni que no tenga sospechas respecto al criminal.

Paul se encogió de hombros, fastidiado, y no replicó.

Entonces llegaron ruidosamente los fotógrafos policíacos, los peritos y los expertos en huellas, y el teniente se desentendió de él durante un tiempo.

Paul Mann encendió un cigarrillo, preguntándose cuánto tiempo tardarían en dejarle en paz para acudir al encuentro de Marianne...

Las luces de la fachada estaban apagadas cuando Paul se apeó del taxi, pero una débil claridad se filtraba por los cristales de la puerta.

Empujó esta y se coló al interior. Marianne estaba sola ante el mostrador, con un vaso vacío entre los dedos, pensativa. No oyó los pasos del recién llegado, apagados por la alfombra.

—Hola, pequeña...

Se volvió. Una pálida sonrisa distendió sus labios.

—No sabía si esperarte más tiempo o no...

Él se encaramó a su lado, en uno de los taburetes.

—Hubiera sido una gran cosa tener un *barman* para nosotros solos, justamente ahora. Necesito un trago desesperadamente.

—Ahí están las botellas, Paul.

Este saltó por encima del mostrador. Estuvo manipulando con botellas y vasos hasta preparar dos combinados con fuerza explosiva.

—Bebe y luego te daré las últimas noticias...

Bebieron unos sorbos en silencio. Acodándose sobre el mostrador, él la miró intensamente a los ojos.

—Brown ha muerto, Marianne —dijo, despacio.

La muchacha contuvo el aliento.

—¿Acaso tú...?

—Calma, no me cargues el paquete. Estaba muerto cuando llegué. Alguien le había estado exprimiendo. Me golpearon cuando abrí la puerta. Después se presentó la policía y hasta ahora. Una maldita noche, créeme.

—Él era mi última esperanza, Paul...

—Olvídalo. Brown no tenía la más ligera idea del paradero real de esas joyas. En todo caso, él debía creer que estaban en tu poder. Y le mataron porque los esbirros de Fessler debieron creer que Brown tenía las joyas, o el producto de su venta. El pobre se pasó de listo de cualquier modo.

—Y ahora, Paul, ¿qué piensas que puedo hacer para ayudar a papá?

—No lo sé muy bien. A menos que encontremos una pista entre sus cosas.

Ella esbozó un gesto de desaliento.

—Lo dudo.

—Apura tu bebida y nos largaremos de aquí. No queda mucho de esta noche.

Al salir de detrás del mostrador, Paul descubrió a un hombre viejo sentado al fondo del local. Lo señaló, preocupado.

—Ese vejete ha estado escuchando, nena...

—No puede, es sordo. Pasa la noche aquí como vigilante. ¿Nos vamos?

El viejo se levantó y los siguió para cerrar la puerta cuando hubieron salido.

Marianne tenía el coche estacionado en la esquina. Era un «Buick» color crema, reluciente y grande como un acorazado.

La muchacha condujo con mano firme. Durante unos minutos ninguno de los dos dijo una palabra.

Luego, Paul monologó:

—Me sentiría mucho más seguro de mí mismo si se tratara de cazar una pantera...

—¿Qué dices?

—Nada, olvídalo. ¿Falta mucho?

—Muy poco. ¿Cómo mataron a Brown, Paul?

—No te gustaría haberle visto. Hicieron un sucio trabajo con el hombre.

—Y la policía... ¿Sospecha el motivo del crimen?

—No tienen la menor idea. No les dije que conocía a Brown, aunque me parece que el teniente no me creyó.

—Cada vez que pienso que papá se complicó con esos asesinos me pongo a temblar...

—Imagino que tu padre merecía una buena lección, de todos modos.

—No digas eso... tú no le conoces.

—Desde luego que no, pero hay algo muy raro en todo esto. El hecho de que se quedara las joyas y tratara de vender algunas solo unos días después del robo... ¡Maldita sea! No puede ser tan condenadamente tonto como para ignorar que le echarían el guante con toda facilidad.

—Él no había intervenido nunca en esta clase de asuntos... Entre esta gentuza era igual que un niño perdido en un bosque.

—Lo dudo mucho... Oh, está bien, no la tomes conmigo ahora —se excusó él al advertir la indignada mirada de la muchacha.

Poco después, Marianne estacionó en un aparcamiento reservado. Entraron en un soberbio edificio de apartamentos y el ascensor les llevó a la novena planta.

Paul se encontró en un apartamento espacioso, cómodo, bien amueblado, con exquisitos detalles que delataban la presencia de una mujer sensible y amante de las cosas bellas.

Los cuadros de las paredes eran originales, algunos de firmas muy conocidas. Manchas de color sobre el tono claro de los muros.

Ella accionó un conmutador y un tocadiscos automático comenzó a emitir música en sordina.

—Tienes bebidas en ese mueble, Paul. Voy a buscar las cosas de papá.

Desapareció por una puerta. Paul preparó dos bebidas, vació la suya y tuvo tiempo de prepararse otra antes que ella regresara.

Se acercó a la mesa y contempló la colección de objetos anodinos que muy poco prometían.

Había un llavero con tres llaves. Otro con llaves de coche. Un lujoso encendedor de gas y un bolígrafo, todo ello junto a una cartera que al abrirla mostró algunos documentos y veinte dólares en billetes de uno.

Lo apartó todo a un lado y tomó una pequeña agenda de tapas de cuero negro. Examinó las páginas. Había escasas anotaciones, la mayoría precedidas de iniciales, otras con una breve acotación, pero nada que pudiera sugerir la idea de una mujer.

—Si existe el romance, tu padre debía saber el número de memoria.

—Te dije que no encontrarías nada.

—Falta ver el resto.

—¿Qué resto? Eso es cuanto me entregó la policía.

—Me refiero a las pertenencias de tu padre... Algo que pueda estar en la habitación que ocupaba en esta casa.

Ella titubeó, pero acabó reconociendo la necesidad de cuanto él estaba haciendo, así que le guio hasta una habitación eminentemente masculina.

Comenzó a registrar los trajes colgados en el armario. Luego, los cajones de la mesa uno a uno.

Estaban llenos de una mezcla de papeles asombrosa. Había reseñas de carreras de caballos, recortes de periódicos en los que se describían famosos asaltos y robos; facturas de todas clases, recibos pagados y alguna que otra vieja carta sin sentido particular alguno.

Paul sacó todos los papeles uno por uno. Fue entre las cartas y facturas donde obtuvo éxito.

Se echó atrás en el sillón, mirando la fotografía intrigado.

La imagen representaba a una mujer de unos treinta años, de rostro sofisticado, muy hermosa, con una aureola de cabellos que a juzgar por el tono del blanco y negro debían ser rubio platino.

Su boca sensual reía, y al dedicar la foto las letras rozaban los labios. La dedicatoria rezaba:

«Siempre tuya, Lou».

—¿Qué me dices ahora, nena? ¿La habías visto alguna vez?

Ella sacudió la cabeza de un lado a otro.

—El nombre de Lou tampoco te dice nada...

—Te aseguro que no.

—¿No oíste nunca a tu padre pronunciarlo por teléfono, por ejemplo?

—No. Lo recordaría.

—Bueno, no importa. La buscaremos por otros medios.

—Fíjate en el fondo de la foto, Paul...

Este aguzó la mirada. Había unos carteles teatrales pegados a una pared, detrás de la imagen. En uno de ellos se anunciaba una obra que todavía se representaba en Broadway.

—Quizá es actriz —aventuró él—. O trabaja en alguna revista musical, ya que su aspecto es más el de una bailarina frívola que el de una actriz dramática.

—¿Te ocuparás tú de buscarla, Paul?

—Seguro.

Apuró el contenido de su vaso. Ella apenas había probado el suyo.

—Si encontramos ese botín y podemos devolverlo a la policía —dijo él de pronto—, podemos hacerlo como si fuera por decisión expresa de tu padre. Eso pesaría mucho en su favor cuando llegue la revisión de sentencia. ¿Qué opinas?

—Gracias, Paul, por ayudarme de este modo... Otro en tu lugar estaría rabiando por localizar esa fortuna solo para quedarse con ella...

—Este no es mi caso. ¿Qué diablos haría yo con una montaña de diamantes?

—No lo tomes a broma, Paul.

—Muy bien, nada de bromas. Seriedad absoluta, por lo menos hasta que empiece a buscar a esa dama... cosa que no podrá hacerse hasta mañana.

Ella estaba a su lado. Instintivamente, él le rodeó la cintura con su brazo, oprimiéndola.

—Ten confianza, Marianne —murmuró—. Todo saldrá bien...

Ella recostó la cabeza confiadamente en su hombro y asintió.

—Fui muy afortunada al dar contigo, Paul —musitó.

—Creo que el afortunado fui yo, linda, porque ningún otro hombre puede tener una mujer tan hermosa entre sus brazos.

—Yo no estoy entre tus brazos...

—Diablo, eso tiene fácil arreglo.

Ladeándose, la enlazó estrechándola sobre su amplio tórax.

Entonces la besó.

Había amanecido cuando alguien llamó quedamente sobre la puerta del apartamento. La muchacha no lo oyó, pero el oído siempre alerta de Paul, agudizado en sus años en la jungla, lo captó al primer toque y se levantó silencioso.

Se enfundó en los pantalones y tomó la pistola, salió del dormitorio y cruzó las estancias silencioso como un puma.

La suave llamada en la puerta se repitió, queda, como si quien fuese que estaba allí no quisiera llamar la atención del vecindario.

Paul aplicó el oído sobre la madera, intentando captar el murmullo de una voz delatora, que demostraría que había más de un visitante.

No pudo oír nada.

Con voz contenida preguntó:

—¿Quién está ahí?

Le respondió una especie de murmullo incomprensible.

Con el pulgar descorrió la palanca del seguro de la «Mauser». Luego, dio vuelta a la llave y se apartó de un salto, manteniéndose en la semipenumbra del cuarto.

—Entre —dijo.

La puerta giró despacio, desesperantemente lenta.

Y justo en aquel instante, una voz de hombre dijo a sus espaldas:

—¡Suelta la artillería, Mann! Hay una pistola junto a la cabeza de tu bella paloma.

Paul se quedó rígido. Oyó un débil grito de la muchacha en el dormitorio y suspiró.

Dejó caer la pistola al suelo, donde rebotó con ruido sordo.

Bonner rio con sorna.

—Ya puedes entrar, Holman. Ha sido una buena jugarreta llamar a la puerta mientras nosotros nos colábamos por la escalera de incendios...

Fessler apareció en la puerta del dormitorio empuñando también un revólver. Junto a él mantenía sujeta a la muchacha, cubierta solo por un breve pijama de seda.

—¿Lo tienes, Bonner? —cacareó.

—Seguro... ¡Eh, Holman! ¿Qué demonios esperas, hombre?

En lugar de Holman, quien entró fue el delgado. Reía entre dientes y se detuvo al ver el cuadro.

—Holman duerme en el rellano. El muy cerdo trataba de largarse.

Hube de sacudirle duro.

—Mejor será que lo entres —rezongó Fessler—. Ese tipo es tan cobarde como una rata...

La mirada de Paul se encontró con los ojos asustados de la muchacha. Le sonrió.

Bonner paseó sus ojos sobre el cuerpo de Marianne y dejó escapar una especie de relincho.

—¡Qué bombón, Fessler! —chilló—. Cuando terminemos creo que ella y yo...

—¡Cierra tu sucia boca, estúpido! —bufó Fessler—. ¿Quieres alarmar a todo el vecindario con tus gritos?

—Está bien, pero la chica es para mí... cuando hayamos terminado con ella.

—Olvídate de ella —refunfuñó Fessler.

Dejó deslizar su mano sobre el brazo desnudo de la muchacha y esta se apartó de un salto, estremeciéndose de repugnancia.

El delgado entró arrastrando el cuerpo inerte de Holman, al que Paul ya viera conduciendo el coche cuando le capturaron. Tras esto, cerró la puerta y se apartó a un lado.

Fessler señaló el diván a la mujer.

—Siéntate allí, paloma. Vamos a hablar largo y tendido tú y yo.

—No tenemos nada de que hablar.

—Eso crees tú. Ya has visto que dominamos la situación. Y tu Romeo particular no podrá hacer nada por ti, así que decide... ¿Sabes lo que le sucedió a Brown?

—Sí.

—Bueno, fue un trabajo sucio de Bonner y Roth, aquí presentes. Muy desagradable, ¿no es cierto, Mann?

—Repugnante —aseguró este.

Fessler rio de manera odiosa.

—Contigo haré el trabajo personalmente, paloma. Tienes un cuerpo muy bonito para dejarlo en las manos de ese par de mulos. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—No...

—Quiero el paquete, eso es todo. Tu padre se alió con Brown, de eso estamos seguros. Pero no le confió las joyas, de modo que solo pudo dejártelas a ti, así que vamos al grano. ¿Dónde están?

—No lo sé. ¡Nunca lo he sabido! —estalló la muchacha—. Papá nunca quiso decírmelo para no complicarme en esto.

—Tonterías. El necesitaba alguien de confianza para guardar los pedruscos. Y nadie mejor que tú para ese trabajo. Luego, Brown lo vendería todo en Europa y el negocio sería completo.

Ella estaba sacudiendo la cabeza de un lado a otro.

—Mann debió llegar a la misma conclusión. Por eso está aquí, ¿no es verdad, pichón?

—Estás loco, Fessler. Ella no sabe una palabra de las joyas.

—¿Y tú?

—Tampoco, naturalmente.

—Si ninguno de los dos lo sabe va a ser muy desagradable... Pensaba reservarme la chica para mí, pero cuando termine con ella no la querrán ni los perros. ¡Tiéndete en el diván, paloma!

La empujó brutalmente. Marianne cayó sobre el amplio diván y quedó acurrucada allí llena de espanto.

Paul observó a los otros. Bonner no tenía ojos más que para la muchacha, cuya belleza tan generosamente expuesta le fascinaba.

El otro, el delgado, llamado Roth, dividía su atención vigilante entre la joven y Paul, balanceando el revólver en su manaza.

Bonner sería fácil de sorprender, pero no así Roth, que era con mucho el más peligroso de los dos.

Fessler se aproximó al diván.

—No volveré a preguntártelo, muchacha, así que decide.

—¿Qué puedo decidir si ignoro lo que usted quiere saber?

Inesperadamente, Fessler volteó la mano y la abofeteó violentamente.

Paul dio un paso hacia adelante, dispuesto a intervenir, pero el revólver de Roth le cerró el paso.

—En tu lugar, yo estaría muy quieto, amigo. Confórmate con haberla amado esta noche.

Marianne sollozaba amargamente, tendida en el diván, la cara oculta entre las manos, el cuerpo estremecido por los sollozos.

Bonner avanzó como un sonámbulo.

—¡Déjame a mí, Fessler! —jadeó.

—¡Aparta!

Paul, tenso y alerta, aguardaba el menor asomo de oportunidad para saltar sobre Roth, cuyo revólver era una amenaza letal.

Fessler se inclinó sobre la joven. Sus ojos tenían un sucio brillo que no auguraba nada bueno para la muchacha.

—¿Quieres hacer las cosas más fáciles, paloma? Prefiero acariciarte que golpearte, lo creas o no, así que tú decidirás. No soy hombre de mucha paciencia.

Con voz entrecortada por los sollozos, Marianne jadeó:

—¡Papá... papá se enterará de esto! Los nombres de todos ustedes irán a la mesa del fiscal...

—Eso va a ser muy difícil, nena, porque los muertos no hablan.

Ella dio un salto, enfrentándose con él.

—¿Qué quiere decir con eso, que va a asesinar también a papá?

—¿Quién habla de asesinato? Tu padre murió a última hora de ayer tarde. Esta mañana recibirás el aviso oficial.

—¡Asesino! No te creo...

—Bueno, no importa si me crees o no, pero tu padre quedó «seco» ayer. Yo lo supe por uno de mis contactos, y al instante decidí que había llegado la hora de poner las cartas sobre la mesa contigo.

Marianne siguió llorando, y ahora había otra amarga razón para que lo hiciera.

Paul ardía de furor. Hubiera querido estar al lado de la muchacha y consolarla, borrarle el terror que la dominaba. Pero Roth era una peligrosa amenaza.

Fessler agotaba la paciencia.

—¡Maldita sea, no me hagas perder más tiempo! ¿Dónde los escondió?

—¡Pero si no lo sé!

Bonner refunfuñó algo entre dientes, se guardó la pistola y bamboleando el enorme corpachón se plantó junto al diván.

—Tenemos nuestros sistemas, paloma —dijo—. Verás cómo pides a gritos que te escuchemos...

De un zarpazo desgarró la chaquetilla del pijama, riendo estruendosamente.

Paul dio un grito y desafiando el revólver de Roth pretendió correr hacia el diván.

Entonces sucedieron las cosas de modo tan atropellado que más fue una endiablada confusión.

Roth dio un grito de advertencia, pretendiendo detenerlo.

En el suelo, de la mano del hasta entonces inmóvil Holman, partió un lengüetazo de fuego y el seco ladrido de su revólver atronó las paredes igual que un trueno.

Bonner abrió los brazos, con el plomo del «38» barrenándole la espalda. Una expresión estúpida y asombrada apareció en su rostro y luego se desplomó pesadamente.

Roth salió de su estupor, pero no cometió el error de volverse, con lo cual quizá hubiera podido disparar contra Holman, pero era seguro que este le habría clavado un plomo en el cuerpo. Todo lo que hizo fue saltar a un lado, girando al mismo tiempo.

Así esquivó la primera bala de Holman y disparó a su vez.

Paul se lanzó en tromba hacia donde había quedado su pistola automática. Tras él escuchó dos estampidos más de la pistola de Holman, o quizá de Roth, no pudo estar seguro.

Sus dedos se cerraron en torno a la culata de la «Mauser». Rechinó los dientes, porque en su fuero interno acababa de condenar a Fessler a muerte.

Giró en el suelo, con la «Mauser» amartillada.

No vio ni a Fessler ni a Roth por ninguna parte. Holman se arrastraba débilmente, sangrando a chorros por un boquete que tenía en el pecho.

—¿Por dónde huyeron? —rugió.

La muchacha señaló la cocina.

Paul la cruzó en dos saltos. La escalera de incendios se hundía en la lechosa claridad del amanecer, y allá abajo pudo ver a los dos hombres cómo saltaban del último tramo.

Alargó la mano y disparó una sola vez. Una de las lejanas figuras se detuvo en seco, tambaleándose antes de desplomarse al suelo y quedar inerte.

Cuando volvió al interior, Marianne estaba arrodillada al lado de Holman, cuya cabeza mantenía sobre sus rodillas.

Levantó sus desesperados ojos. Paul gruñó:

—Roth ha caído allá abajo, pero Fessler escapó.

Advirtió entonces el vocerío y los gritos que resonaban en todo el edificio. No tardaría en presentarse la policía y entonces se armaría otro endiablado embrollo.

—Mejor será que te vistas, querida...

—Pero este pobre hombre...

—Te ha salvado de las manazas de Bonner, pero ahora ya no te necesita, pequeña...

—¿Quieres decir que...?

El asintió. Holman había muerto sin que la muchacha se diera cuenta. Poco a poco lo dejó en el suelo y ella se irguió.

A pesar de la presencia de la muerte, Paul no pudo por menos que admirar la soberbia anatomía de la joven, que en vano trataba de sujetarse los jirones de pijama.

Apenas hubo entrado en el dormitorio, alguien golpeó rudamente la puerta y una voz gritó:

—¡Abran a la policía! ¿Qué infiernos pasa ahí dentro?

Resignadamente, Paul se encaminó a la puerta y la abrió.

El lío había comenzado.

Pasó casi todo el día antes que la policía levantara el campo y los dejara en paz.

El teniente Gerhard se mostró quisquilloso, sin tratar de disimular su profundo disgusto. Se notaba a una milla que le hubiera gustado poder encerrar a Paul sin más trámites.

—Usted va a sembrarme la ciudad de «tiesos» —se quejó—. Pero esto no son las selvas africanas...

—Pero hay fieras mucho más peligrosas aquí que allí.

—Seguro, usted.

Se marchó refunfuñando.

Al quedar solos, la muchacha corrió a refugiarse entre sus brazos.

—Qué pesadilla tan espantosa, Paul... Y la muerte de papá...

—Ahora puedes abandonarlo todo. Ya no necesitas luchar para sacarlo de la prisión, querida.

—Es cierto, pero... ¿crees que Fessler se dará por vencido?

—Imagino que no.

—Entonces...

—Te mantendrás fuera de su alcance, mientras yo intento encontrar a esa mujer de la foto. Solo convenciendo a Fessler y a su jefe, podremos sentirnos libres realmente.

—Pero si te ocurre algo, Paul...

—No me pasará nada, ya lo verás. He cazado piezas más grandes que estas en mi vida.

Estuvo besándola hasta que a ambos les faltó el aliento. Luego abandonó el apartamento con la fotografía de la rubia platino en el bolsillo.

★ ★ ★

Estuvo pateando las calles en busca de una pista durante horas.

Habló con los porteros de las salidas de artistas de un teatro tras otro, mostrándoles la fotografía y recogiendo picantes comentarios referentes a la soberbia rubia platino.

Pero no fue hasta las diez y media de la noche cuando obtuvo el éxito.

De modo aburrido, sacó la foto del bolsillo y la colocó ante las narices de un vejete sentado junto a la salida de actores.

—La ando buscando, abuelo —dijo—. Tengo diez dólares para

quien me diga dónde puedo encontrarla.

El viejo empujó las gafas sobre su nariz y enfocó sus viejos y cansados ojos en la fotografía. Luego dijo:

—Vengan los diez dólares, amigo.

Paul dio un largo suspiro. Luego sacó el dinero, que el otro se embolsó tan rápidamente que más pareció un truco de ilusionista.

—La nena se llama Lou Rogers, aunque supongo que esto ya lo sabe...

—Sí.

—Bueno, tuvo mucha suerte... en cierto modo. Actuaba en el coro, ya sabe...

—¿Y...?

—Alguien la retiró.

—Bueno, ¿dónde está ahora?

—El tipo le montó un apartamento en el edificio Rogers. Aunque a veces me he preguntado si valía la pena...

—¿Por qué no? El trabajo en el coro no es ninguna ganga.

—Bueno, cuando el «caballo blanco» es un tipo decente está bien. Pero la nena Rogers no conoció un tipo decente en su vida.

—Eso no me preocupa...

—Pues a mí sí, amigo, lo crea o no. Yo aprecio a estas chicas... Las veo llegar, subir un poco y luego caer estrepitosamente. La vida es dura para ellas, ¿entiende?

Paul contuvo la impaciencia a duras penas.

—¿Tiene un «pito», amigo?

—¿Qué?

—Un cigarrillo.

Paul le dio el cigarrillo y el viejo lo encendió con una calma absoluta y desesperante. Luego añadió:

—Ya le digo yo que... Sí, las aprecio. Por eso cuando una de ellas se lía la manta a la cabeza y se echa en brazos de un hijo de perra como Nick Canaway me preocupo.

Paul dio un respingo.

—¿Qué ha dicho?

—¿Qué le pasa ahora? Solo estaba filosofando.

—¡Infiernos! ¿Quiere decir que el tipo que montó un apartamento para Lou es Nick Canaway?

—¡Claro! ¿No se lo dije?

—Adelante, siga... ¿Dónde está el edificio Rogers? Hace poco que llegué a la ciudad.

—Al final de la 52 Oeste, no tiene pérdida.

—Seguro. Amigo, creo que tiene mucha razón al preocuparse por

esa chica...

Giró sobre los talones y corrió en busca de un taxi, oyendo tras él los afilados comentarios del vejete.

★ ★ ★

La mujer que le abrió la puerta era capaz de cortar la circulación en mitad de una autopista.

Su estatura no pasaba de mediana, pero había en ella todo lo que debía haber y un poco más de cada cosa. Paul parpadeó varias veces, resistiéndose a creer en lo que veía.

—Hola —runroneó Lou—. ¿Le conozco?

—Me temo que no, aunque esto tiene fácil arreglo. ¿Puedo pasar?

—No lo sé, de veras... A estas horas es peligroso recibir visitas de hombres desconocidos.

Llevaba los cabellos muy largos y lisos, cayéndole por un lado de su cara adorable.

Paul pensó que mantener el exótico color platino debía costarle una pequeña fortuna. La suave piel del rostro era tersa sobre unos pómulos un tanto elevados y su boca de forma atrevida era un oasis sensual en la dulce serenidad de su cara.

Los ojos poseían un vivo color azul zafiro, enmarcados por largas y negras pestañas.

Llevaba un jersey de Cachemira que realzaba su físico esbelto.

—Bueno, ¿vamos a pasarnos la noche uno dentro y otro fuera?

El comentario de Paul le arrancó una sonrisa.

—Preséntese —dijo con cierto mimo.

—Paul Mann, entrevistador profesional.

—¿Y realiza sus entrevistas a estas horas de la noche?

—Solo cuando se trata de mujeres tan maravillosamente bellas como usted. ¿Entro o no?

Ella se hizo a un lado dejándole paso. Paul entró y la siguió, admirando el estudiado balanceo de sus finas caderas.

—¿Sabe una cosa? Es usted un encuestador muy raro...

—Y tanto. No lo sabe usted bien todavía.

—¿Qué tal un trago?

—Vendría de perlas, si usted me acompaña.

—¿Por qué no? Después podrá empezar a preguntar todo lo que quiera... Soy una chica muy complaciente, ¿sabe?

Él pensó sobre eso. Se alegró de que no fuera una mujer inteligente porque así tendría su oportunidad.

Ella preparó unos vasos largos con cantidades industriales de licor.

Les añadió un poco de hielo y fue a sentarse frente a Paul.

Cruzó las piernas con una soberbia exhibición y sonrió.

—Tome su vaso... Y ahora pregunte.

—Sí —sorbió un poco de *whisky*. Era excelente y lo saboreó antes de soltarle—. ¿Le interesarían unos centenares de miles de dólares, primor?

—¿Cómo dijo?

—Unos centenares de miles.

—Creí que había oído mal...

—Muchos centenares...

—De miles.

—Eso es.

Se enderezó un poco, lo justo para encoger las piernas bajo el cuerpo y adoptar una postura voluptuosa e insinuante.

—¿Dónde está el truco? —preguntó, comenzando a desconfiar.

—Nada de trucos. Solo se trata de una compraventa.

—¿Qué tengo yo que valga tanto dinero? —runroneó pasándose las manos a lo largo de las caderas—. Ni ofreciéndome entera...

Rio un poco. El enseñó los dientes en una mueca.

—Todo lo que quiero comprar son los diamantes de Trenholm.

Eso cayó como una bomba. La muchacha se enderezó vivamente y sus ojos azules se achicaron, llenos de malicia.

—¿Quién es usted?

—Un negociante, eso es todo. Tengo relaciones aquí y allá, y sé dónde colocar la mercancía sin riesgo.

—¿Y qué le hace suponer que yo tengo esos diamantes?

—Tengo sesos, nena. He sumado dos y dos, y aunque le cueste creerlo me dio cuatro.

—Un tipo listo, ¿eh?

—Aunque sea pecando de inmodestia, le diré que sí lo soy. Por eso reconstruí mentalmente el itinerario de esos diamantes, desde el instante en que fueron escamoteados de la joyería.

—Maldito si sé de qué me habla...

—Sin embargo, permítame decírselo, ¿sí?

—Escuchar no cuesta dinero. Adelante, genio.

—El robo fue planeado por un tipo llamado Nick Canaway. Sus muchachos hicieron un buen trabajo, eso hay que reconocerlo. Pero las dificultades vinieron después del golpe. Una mercancía como esos diamantes no puede negociarse como si fueran títulos al portador, eso usted lo sabe bien. Y Nick tenía sus ideas propias, según imagino...

—Qué interesante. A veces escucho los seriales de la radio, ¿sabe? Suena igual.

—Pues siga escuchando... Nick imaginó que quedándose con la totalidad de la mercancía, el negocio sería redondo. Pero estaban sus hombres por en medio, unos tipos más bien brutos, ¿eh? Fessler, Bonner y compañía. Ahí es donde usted entró en escena.

—¡No me diga...!

—Sí, seguro; usted se limitó a engatusar a un pobre fracasado que en su vida había tenido un éxito... Abby Heller. ¿Por qué si no Nick le admitió en la operación? Solo para utilizarle, sin que el desgraciado supiera que usted era la amiguita de Nick Canaway.

—¡Soberbio! —palmoteó la muchacha—. ¡Qué imaginación!

—Esto no es nada, nena —dijo Paul con modestia—. Usted se metió hasta la sangre del infeliz Heller, hasta el punto de que un hombre como él se volvió completamente loco por usted, por una mujer que le hacía sentirse como jamás se sintiera, duro y poderoso, capaz de cualquier hazaña...

—Siga, siga...

—*Okey*; usted fue quien le convenció de vender unas gemas con escaso valor, solo para hacerse detener. De este modo, cuando saliera, podrían disfrutar ustedes dos de un millón de dólares limpio de impuestos. Y el infeliz picó, tragándose hasta el anzuelo.

—Pobre Heller, ¿eh?

—Sí, pobre... Pero quedaban los otros miembros de la pandilla, a los que apartar del verdadero paradero del botín. Nick se limitó a decirles que Heller lo había ocultado y que era preciso recuperarlo. Mencionó de paso a un «perista» llamado Brown, posible comprador de la mercancía... Y esos estúpidos se lanzaron a la caza de un botín que estaba perfectamente seguro en las manos de Canaway... y de usted, ricura.

—Total...

—Total, que ahora se encuentran con un buen puñado de pedruscos, pero sin poderlos sacar del agujero. Y ahí es donde entro yo.

—¡Formidable!

—Sabía que se entusiasmaría...

—No sabe usted hasta qué punto. Me he divertido horrores escuchándole, cariño... Horrores. Y ahora, largo de aquí antes que arme un escándalo.

Paul se levantó, sonriendo. Apuró el *whisky* hasta la última gota.

—Hable con su amigo, nena. Dígame que se le presenta la oportunidad de desprenderse de esa mercancía caliente a buen precio... Yo volveré a verla para saber la respuesta.

Ella se desenroscó, como una gata satisfecha.

—Es usted un tipo atractivo, tan rudo, tan curtido... Ese color no se

obtiene en las playas de moda. ¿De dónde sale usted?

—Sería muy largo de contar, pero celebro que sea de su agrado. Espero que me reciba cuando vuelva.

—Oh, seguro que le recibiré... con los brazos abiertos.

Se levantó, sacudiendo su larga melena. De algún modo, Paul pensó en un león joven y orgulloso...

Le acompañó hasta la puerta. Antes de salir se volvió y sonrió.

—Es usted adorable, Lou —dijo—. Opino que alguien debería hacer algo al respecto.

Inclinándose, la besó.

—Vete ahora —musitó—. Vete, maldito seas.

—No olvides nada de cuanto te he dicho.

—Tengo una memoria excelente.

Cerró de un portazo.

Paul salió a la calle sintiendo en los suyos el sabor incitante de los labios de la muchacha. Se alejó por la acera resueltamente hasta la esquina, por si ella decidía espiarle.

Pero después volvió sobre sus pasos y entró en el coche de Marianne, estacionado a poca distancia del portal.

Tan pronto se hubo acomodado, unos brazos posesivos se enroscaron en torno a su cuello y la joven susurró:

—Si ella te ha impresionado creo que debo borrar sus huellas...

Las borró de un modo muy efectivo sin la menor duda.

Transcurrió casi una hora. Los dos, muy juntos, aguardaban guarecidos en la oscuridad del vehículo. Paul notaba la tirantez de la espera casi con violencia, porque era la primera vez que se dedicaba a la terrible cacería del hombre.

La muchacha musitó:

—¿Crees que ella habrá telefoneado a Canaway?

—Estoy seguro. Ellos tienen las joyas, y forzosamente deben estar impacientes por librarse de ellas.

—¡Mira!

Un coche negro maniobró ante el edificio de apartamentos y aparcó de cualquier manera. Vieron saltar a dos hombres de él.

Uno era perfectamente desconocido para Paul, pero el otro no.

Era Fessler en persona.

—Ese es Nick Canaway —musitó Marianne.

—Lo imaginaba. Fessler continúa fiel a su jefe, ignorando la verdad, si es la verdad esa historia que le conté a la chica.

—Muy bien, ya están reunidos —dijo ella—. Posiblemente, Nick revelará, y Fessler te conoce. ¿Qué vas a hacer ahora?

—Esperar a que su entrevista suba de temperatura. Luego llamaré al teniente Gerhard y que él se las entienda con este asunto.

—Creo... Creo que papá, de haber vivido, lo hubiera aprobado, Paul... Él no podía saber la maldad de estos hombres.

—Es mejor que no pienses en eso.

Miró su reloj. En aquel instante, la muchacha exclamó con voz contenida:

—¡Fíjate, ya se van...!

Paul volvió la cabeza. Los dos hombres atravesaban la acera apresuradamente. Un instante después, el coche negro salió disparado, perdiéndose en unos segundos.

—Es muy extraño... Quizá han decidido que la muchacha cargue con la comedia de la negociación.

—Entonces, ¿a qué esperas?

—Dale un poco de tiempo, que no sospeche que hemos estado vigilando aquí abajo.

Le concedió quince minutos. Luego se apeó y atravesó la calle.

La puerta del apartamento estaba abierta y la luz del interior encendida. Paul sintió un súbito tirón en todos sus nervios. Empujó la

puerta y entró de un salto.

Lou yacía de bruces sobre su costosa alfombra. La sangre formaba un charco que iba extendiéndose a su alrededor y empapando la alfombra.

—¡Malditos hijos de una hiena! —barbotó el aventurero, sintiendo cómo le invadía una oleada de ira irrefrenable.

Al inclinarse junto a la muchacha para comprobar si quedaba un soplo de vida en su cuerpo, sintió un largo escalofrío ante la salvaje cuchillada que casi la había abierto en canal.

¿Qué clase de bestias sanguinarias eran aquellas, peores que las alimañas de la selva?

Retrocedió poco a poco y descolgó el auricular. Cuando hubo establecido comunicación con el teniente Gerhard contó rápidamente lo sucedido, añadiendo los nombres de los dos asesinos.

—Es mejor que mande alguien a casa de cada uno de ellos antes que puedan escapar —terminó.

—No necesita decirme usted cómo he de hacer mi trabajo. Espere ahí y no toque nada.

—He tocado el teléfono.

—Bueno, pero nada más.

Colgó y sin que su voluntad interviniera para nada en ello, se volvió, contemplando el sangriento espectáculo. De manera vaga y confusa recordó las palabras del vejete en la salida de actores del teatro...

Ahora tendría una razón más para lamentar el hecho de que Lou hubiera dejado el coro...

Después, descendió a la calle para informar a Marianne, y minutos después llegaban los primeros policías.

★ ★ ★

—Perdieron la cabeza —rezongó el teniente—. No tenían por qué matarla...

—Canaway pensó que si yo volvía a hablar con ella, la chica podría desmoronarse. No sabía quién era yo. Decidió eliminar el riesgo y la mató.

—Le echaremos el guante. Él debe considerarse seguro todavía, de modo que irá a su lujosa residencia; encontrará allí a algunos de mis muchachos esperándole. Les dejé dicho que...

Le interrumpió el timbre del teléfono, que descolgó de un manotazo.

—¡Hable!

Escuchó. Vieron cómo sus facciones se endurecían hasta el infinito.

—¿Cómo se llamaba, sargento? Sí, claro que le recuerdo... ¡Cácelos, malditos sean, y disparen a matar! Yo voy a mi despacho. Avísenme cuando les hayan localizado.

Colgó. Estaba muy pálido.

Paul indagó:

—¿Qué sucede?

—Han matado a uno de mis hombres. Le han disparado a bocajarro, cuando se acercó al coche...

—¿Y huyeron?

—Sí, pero no irán lejos, puede estar seguro.

—Son como fieras acorraladas. Matarán a todo aquel que trate de interponerse en su camino.

—Veremos. Váyanse de aquí, yo debo volver a mi despacho.

—Está bien, pero quisiera saber cuándo los localicen, teniente.

—Le llamaré.

Salieron y ellos esperaron a que el coche del policía desapareciera. Luego, Paul condujo el coche de la muchacha hasta su hotel.

La espera fue larga y angustiada. Llamó un par de veces sin que el teniente tuviera noticias.

Al final el policía dijo:

—Me encuentra por casualidad, ya estaba en la puerta...

—¿Los tienen?

—No, se han internado en Central Park, y empieza a llover. Va a ser endiabladamente difícil sacarles de allí.

—Escuche, déjeme ese trabajo para mí, teniente. Estoy habituado a rastrear en la oscuridad...

—No.

Y colgó.

Paul gruñó entre dientes y abrió el armario, ante la inquietud de la muchacha.

En unos segundos hubo sacado el poderoso «Marlin», en cuya recámara introdujo los grandes cartuchos uno a uno. Luego distribuyó unos cuantos más en sus bolsillos, mascullando:

—Dos deberían ser suficientes...

—¡Paul!

—Voy a cazarlos, querida...

—¡Oh, no, tú no!

—Tú no viste lo que hicieron con Brown, ni con la Pobrecilla cabeza loca de Lou... Un asesinato salvaje, cruel e innecesario.

—¡Pero tú no! —repitió Marianne, angustiada—. ¡Te matarán, están desesperados!

—¿Crees que no lo sé? Es igual que cuando se persigue un león herido... Está loco de ira y dolor, y solo ansía matar. Y hay que matarlo a él para... Oh, no podrías entenderlo en todos los días de tu vida.

—Paul...

—Volveré, pequeña. Te juro que volveré. He de volver porque te quiero.

—¡Dios mío, Paul...!

—Ahora trata de serenarte y espera aquí. ¿Sí?

—Paul, yo también...

—Lo sé. Una mujer no puede fingir tanto amor como me diste anoche.

La besó apretadamente. Luego, antes que ella reaccionase, salió llevando el poderoso rifle entre sus manos.

★ ★ ★

La lluvia había arreciado. Había infinidad de coches patrullas tratando de cercar el extenso parque.

Gerhard juró sonoramente.

—¡Lárguese, Mann, este es un trabajo para la policía!

—¿No quiere comprenderlo? Esos hombres han matado a un policía. Saben que si son capturados es la silla eléctrica sin remisión, de manera que volverán a matar. Caerán otros hombres antes que consigan abatirlos...

—Y a usted no le liquidarán, ¿eh?

—Yo sé desenvolverme en la espesura, y esto no es más que una selva en miniatura.

Gerhard titubeó. Paul aprovechó para decir apresuradamente:

—Mande a sus hombres que ocupen las salidas, pero que no se quiten la gorra de uniforme o se exponen a recibir una bala de doscientos cincuenta gramos en los sesos.

Apenas había terminado de hablar cuando echó a correr y se perdió en la negrura de la vegetación.

Gerhard apretó las mandíbulas y musitó:

—Que Dios te ayude, muchacho... y a mí me perdone si te matan. ¡Sargento!

Cuatro millas y media cuadradas de árboles, lagos, caminos y vericuetos; lomas, césped y bancos; setos, edificios y vallas. Una pequeña selva en donde dos fieras sanguinarias se agazapaban soportando la intensa lluvia, buscando un objetivo al que hincar sus colmillos de plomo...

Eran dos hienas asesinas acorraladas y que ya no tenían nada que

perder excepto la vida. Y no se entregarían.

Paul casi deseaba que fuera así. Una lucha a muerte. La rápida justicia de la selva y el asunto estaría zanjado.

Se detuvo. En los nervios, en los músculos, en lo más profundo de su cuerpo sintió de nuevo la feroz y extraña excitación de la caza mayor...

Solo que esta vez ese sentimiento era corregido y aumentado porque las piezas a cobrar eran dos hombres.

Y entonces, agazapado, avanzó dejándose guiar por el instinto y ese misterioso influjo que parece surgir de la tierra envolviéndole a uno en jirones de niebla impalpable, húmeda, mortal.

El agua se deslizaba por su rostro, pero él ni siguiera parpadeaba. El pesado rifle era una parte más de su propio cuerpo, llevado un poco inclinado hacia abajo para evitar que el agua penetrara en el cañón...

—¡Alerta, Paul! Mirar todos los árboles sin olvidar ninguno. Vigilar la silueta de los arbustos que la lluvia difumina en la oscura noche... Lanzar miradas circulares, dispuesto a meter una bala en una víscera mortal si algo vivo se mueve...

¡Alerta, Paul! A la derecha las hojas del suelo se han movido. El leve viento no las pudo remover, ni la lluvia, que solo las aplasta contra el suelo. Las hojas han transmitido un mensaje al oído que lo sabe todo de la selva. Las hojas amontonadas en una ligera vaguada sin duda, chorreantes. Y la sombra furtiva se ha dado cuenta que las hojas le han delatado y huye de ellas».

«¿Hacia dónde, Paul?»

Una centelleante carrera al descubierto, sobre una tierra floja y empapada. Un seto. Un ágil brinco hasta el otro lado y de nuevo agazapado como cual un tigre al acecho, una fiera contra otras fieras.

«¡Cuidado, Paul! Esos sonidos apagados que la lluvia no consigue apagar hablan un idioma muy claro. ¡Cuidado! Hablan de muerte y del camino que esta sigue, del escondrijo que ella ha buscado quizá».

Todo convierte la noche en magia, en un mundo siniestro lleno de misterio, en un ambiente de danza macabra, rito salvaje del vudú.

Y él entiende ese idioma, por eso se mueve como una sombra más de las sombras que lo llenan todo.

La mano de Paul, sobre el rifle, era tan firme como un trozo de roca.

De pronto, allá delante, un breve y ligero destello, tan breve que no dio tiempo a levantar el rifle siquiera. Paul corrió agazapado, con el rifle a menos de diez centímetros del suelo.

Un pie, en alguna parte, quebró una ramita y chapoteó en un charco.

Paul, tenso, se irguió tan despacio como si sus huesos estuvieran

anquilosados. Pero cuando estuvo de pie el rifle se apoyaba ya en su hombro y el dedo acariciaba el sensible gatillo.

¡Allá va, Paul! ¿Lo ves? Solo una sombra fugaz apenas visible...

El dedo acabó su cometido. El rifle tronó de manera salvaje en el silencio chapoteante de la lluvia. Tras el formidable estampido, un silencio absoluto, total, como de un mundo muerto.

Cuidado ahora porque la pieza puede estar solo herida y ser más peligrosa que nunca. Dispone de garras muy largas, garras de plomo y acero...

Cautelosamente, el cazador se deslizó en medio de la lluvia.

El cuerpo estaba tendido boca abajo sobre el barro, la cara hundida en un charco. Paul le agarró por los cabellos para reconocerlo. La cara de ojos desorbitados de Fessler miró al cielo negro, al negro infierno al que ya había entrado.

Paul le soltó y la cabeza emitió un sordo chapoteo al caer en el barro.

Entonces, frente a él, lejos, sonaron algunos secos estampidos de armas cortas.

Se detuvo. Deslizó otro cartucho en la recámara y aguardó, escuchando el misterio de la noche.

Los disparos cesaron y de nuevo se hizo el silencio.

Repentinamente, la voz amplificada por un megáfono que Paul identificó como la del teniente, repercutió entre los árboles:

—¡Cuidado, Mann, se interna otra vez!

Buen muchacho el teniente. Y ahora, sí, cuidado, Paul, porque la fiera humana sabe ya que no tiene esperanza alguna, solo matar antes de morir.

La lluvia corre bajo sus pies en leves arroyos y es un velo cada vez más espeso ante sus ojos. Y es un rumor de hojas, el goteo en el viento, el apagado plop-plop de las ramas chorreantes.

★ ★ ★

Habían transcurrido tres largas horas más. Insensible, Paul estaba muy quieto en la negrura. La lluvia cedía por momentos hasta quedar convertida en un débil goteo.

Una extraña placidez flotaba en el aire, contrastada por el ruido de las gotas que caían de los árboles. «El mundo olía a tierra mojada y ese era un olor bueno», pensaba Paul, pero esa dulce tierra mojada podía convertirse en fosa al menor descuido.

Parecía que el enemigo había adaptado su actitud al medio ambiente. No se delataba. No se movía.

«Debe estar aterido de frío —pensó el cazador—. Él es un hombre de ciudad, no una parte de la naturaleza como yo».

De modo que se decidió a avanzar trazando un gran círculo.

Desembocó a la orilla de un claro. Rodearlo para seguir oculto...

¿O no?

¡Cuidado, Paul!

Se lanzó a la carrera, la cabeza baja, el rifle rozando casi el suelo, atravesando el claro en un abierto desafío.

Se zambulló al otro lado en medio de unos arbustos. Levantó la mirada y vio, lejos, las pálidas luces de los edificios guiñándole a la noche como burlonas luciérnagas llenas de vida.

Algo se movió, no muy lejos. Paul contuvo el aliento para concentrar todos sus sentidos en el del oído.

Sí, allí estaba, frente a él, deslizándose hacia la izquierda.

Instintivamente, el cañón del rifle giró en aquella dirección.

Pero aguardó aún.

El rifle se inmovilizó, como si una invisible honda de radar le guiara.

El criminal se había detenido. Luego volvió a moverse, tan silencioso como un girón de niebla, pero no lo bastante para el oído del cazador africano.

Lentamente, cual una caricia, el dedo presionó con suavidad el gatillo y el rifle tronó rompiendo la paz de la noche en millones de fragmentos.

Con igual facilidad destruyó la vida del asesino.

Paul avanzó hasta descubrir el cuerpo en el suelo. Estaba aplastado contra las baldosas del porche de una pequeña casita perteneciente a los servicios de jardinería.

En la mano derecha empuñaba aún una pistola.

La izquierda, tendida y engarfiada como una garra, había soltado la bolsa de suave gamuza y una multitud de chispeantes diamantes estaban esparcidos alrededor.

Formaban como un arco que valía un millón doscientos mil dólares.

La cacería había terminado.

EPÍLOGO

Paul acabó de limpiar el rifle y procedió a montar sus piezas con exquisito cuidado. Luego lo engrasó antes de volverlo a guardar en la funda de cuero.

Alguien llamó a la puerta.

Levantándose, acudió a abrir y el teniente entró con paso resuelto.

—Me dijeron que se marcha usted, Mann...

—Así es.

—¿Vuelve al África?

—No lo sé. Pensé regresar a casa cuando empecé el viaje de vuelta, y resultó una vuelta al infierno. No —repitió—, no sé aún el lugar adónde iremos.

—¿Iremos?

—Pensé que lo sabía usted. Marianne y yo vamos a casarnos.

—Soy un buen poli —rio el teniente—. Lo sospeché desde el principio.

Paul se echó a reír.

—Voy a prepararle un trago, y no me salga con el cuento de que está de servicio...

—Bueno, puedo olvidarlo por unos minutos.

Paul preparó las bebidas y le entregó el vaso al policía.

Entonces advirtió la extraña actitud de este.

—¿Qué diablos le pasa?

—Bien, cuando venía hacia aquí todo era fácil, usted sabe. Pensé el modo de decírselo...

—¿Decirme qué, hombre?

—Verá... Una vez al año, durante las vacaciones...

—¿Sí?

Gerhard engulló casi todo el *whisky* de un trago. Después dijo de corrido:

—Me marchó a las montañas. Cazo venados, osos... lo que sale. Nunca tengo mucho éxito, claro... pero si tuviera ese condenado rifle...

—¿El «Martin»?

Asintió, turbado.

—Se lo pagaría, por supuesto. No creo que usted pueda volver a establecerse en África, tal como están ahora aquellos países...

Paul sacó el brillante «Martin» de la funda. Pareció acariciarlo.

—No salen muchos tan precisos como este de las fábricas —

comentó.

Lo alargó al teniente. Las manos de este temblaron al tomarlo.

—Bueno, yo... Dígame el precio...

La puerta se abrió a sus espaldas y Marianne apareció en el umbral.

Paul dijo:

—Solo lárguese.

—Espere, le pregunté el precio...

—Ya se lo he dicho. Lárguese, hombre.

Gerhard parpadeó, atónito. Luego captó la mirada del aventurero y se volvió poco a poco.

—¡Oh! —jadeó.

—¿Qué pasa aquí, Paul? —preguntó la muchacha, entrando—. Es la primera vez que alguien me recibe a punta de rifle.

—Yo... este... ya me iba...

Paul casi le empujó. Cuando llegaba al pasillo, el teniente rezongó:

—Tiene usted mucha prisa, ¿eh?

—¿No la tendría usted?

Y cerró la puerta de golpe.

La muchacha se despojó de los guantes.

—Se llevó tu rifle —dijo.

—Bueno, tengo otros y él no. Y estorbaba.

—¿El rifle?

—El teniente.

Marianne sonrió. Sus ojos eran tan brillantes como estrellas.

Paul avanzó hacia ella y la encerró entre sus brazos.

La muchacha susurró:

—Lo arreglé, querido... Los papeles, la licencia... todo.

—Falta algo todavía.

—¿De veras?

La besó rápidamente y luego se miraron largamente.

—¿Qué falta? —insistió Marianne.

—¿He de detallarlo con todas las letras?

—No... creo que no es necesario.

Y se besaron nuevamente, y ya nada importó porque eran el uno del otro incluso antes de que se firmasen unos documentos...

F I N



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España